

Omraam Mikhaël Aïvanhov

del hombre a Dios

sefirot y jerarquías angélicas



Colección Izvor

EDICIONES



PROSVETA

del hombre
a Dios

sefirot y jerarquías angélicas

Traducción del francés

título original:

DE L'HOMME A DIEU
séphiroth et hiérarchies angéliques

© Copyright 1999 reservado a Editions Prosveta S.A. para todos los países. Prohibida cualquier reproducción, adaptación, representación o edición sin la autorización del autor y del editor. Tampoco está permitida la reproducción de copias individuales, audio-visuales o de cualquier otro tipo sin la debida autorización del autor y del editor (Ley del 11 de Marzo 1957, revisada).

Editions prosveta S.A. – B.P. 12 – 83601 Fréjus Cedex (France)

ISSN 0290-4160

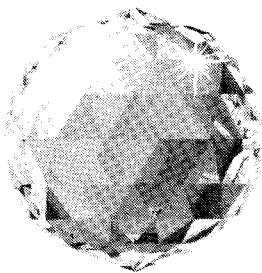
ISBN 2-85566-776-3

édition originale: ISBN 2-85566-594-9

Omraam Mikhaël Aïvanhov

del hombre a Dios

sefirot y jerarquías angélicas



Colección Izvor

N.º 236

EDICIONES



PROSVETA

El lector comprenderá mejor ciertos aspectos de los textos del Maestro Omraam Mikhaël Aïvanhov presentados en este volumen, si tiene en cuenta que se trata de una Enseñanza estrictamente oral.

I

**DEL HOMBRE A DIOS:
LA NOCIÓN DE JERARQUÍA**

Muchas veces los humanos se asemejan a unos barcos que van a la deriva. Poseen, felizmente, algunas reglas, ciertas concepciones adquiridas a través de la familia, los estudios, la profesión, o la vida social, pero interiormente, muchos son como embarcaciones lanzadas a navegar sin brújula ni carta de navegación. Diréis que algunos tienen la religión... Sí, la religión ayudaría mucho a los humanos si quienes la representan se preocupasen, en realidad, de otorgar un sistema coherente capaz de organizarles su vida interior. Pero no quiero criticar a las iglesias ni a los clérigos, muchos otros lo han hecho antes y mejor que yo. Lo que deseo es daros métodos que os permitan realizar aquello que es el fin de toda religión: establecer una conexión con Dios.

Sí, ¡cuántas veces oímos repetir que la palabra religión proviene del latín «religare»: ¡conectar! Religión es aquello que conecta al hom-

bre con Dios. Pero, ¿qué idea se tiene de Dios, y cómo puede establecerse esta conexión? Diréis: «Es fácil, nos conectamos con Dios mediante la oración.» ¡Si fuese tan sencillo! ¡Como si bastase con decir: «Dios mío... Señor Dios...» para entrar en relación con Él!

Intentar alcanzar directamente al Señor, supone ignorar quién es Él verdaderamente. No me refiero a que no se llegue a alcanzar algo de Él, pero, en todo caso, no se trata ciertamente de Él en persona. Tomemos un ejemplo muy sencillo. Tenéis que enviar una carta... Ésta tendrá, necesariamente, que pasar por intermediarios: por el empleado de correos para que le ponga el matasellos; a través de aquellos que están encargados de conducirla por carretera, por ferrocarril, por barco, o por avión. Cuando llega, por fin, a su destino, a veces después de una decena de días, el cartero la reparte: la pone en el buzón de cartas, o bien se la deja al portero quién se encargará de hacerla llegar a su destinatario. Y si tenéis que escribir a un personaje muy importante, a un monarca, a un presidente de la República, o a un ministro, entonces la carta pasará por las manos de secretarios quienes la transmitirán... o no, porque si su contenido no es de una importancia capital, no llegará a su destinatario, sino sólo a un colaborador que la leerá y os responderá.

Así es como suceden las cosas en la tierra. Por lo tanto, aquél que se imagine que su oración o su mensaje llegará directamente hasta el Señor, es, simplemente, un ignorante. En la tierra, resulta imposible dirigirse a alguien importante sin pasar por intermediarios, ¡pero, en cambio, os imagináis que podéis llegar directamente hasta el Señor! Porque el Señor, sabéis, es un buen hombre, muy gentil, muy accesible, se le pueden dar unas palmaditas en la espalda, se le puede tirar de la barba, y Él escucha todas las quejas, todas las reclamaciones, y personalmente responde a todas ellas... ¡Pero qué clase de ignorancia os hace creer que vuestros pensamientos y vuestras palabras irán directamente hasta Dios y que Él mismo vendrá expresamente a ocuparse de ellas! Está sólo en el Cielo. No tiene servidores ni obreros para que le hagan el trabajo, Él tiene que hacerlo todo, todo. Incluso creó el mundo, antaño, Él solo, en seis días. ¡Cuánto trabajo el pobre! No tenía a nadie para ayudarle.

En la tierra, la persona que ostenta un mínimo cargo de responsabilidad en una empresa, tiene una o varias secretarías y equipos de obreros a su mando; pero el Señor no, Él es quién ejecuta todo el trabajo y no importa quién quiera tratar directamente con Él. Algunos incluso afirmarán que discuten con Dios, y que Él les responde. O, a veces, a la inversa, ¡que Dios les

habla y ellos le responden! Desgraciados, si las cosas ocurriesen como se imaginan, hace tiempo que habrían sido fulminados, pulverizados, y no hubiera quedado ni el más mínimo rastro de ellos. Dios es una energía de un poder indescriptible, ningún ser humano ha podido nunca tocarlo, ni oírlo, ni verlo. Diréis que Abraham, Moisés, y los profetas de Israel hablaron con Dios. Sí, el Antiguo Testamento está repleto de estos diálogos, pero, en realidad, se trata sólo de una manera figurada de presentar las cosas...

Una imagen puede darnos, aproximativamente, una idea de Dios: la de la electricidad. Nos servimos de la electricidad para alumbrarnos, para calentarnos y para poner en funcionamiento toda clase de aparatos. En las casas, en las fábricas, en las ciudades, ¿qué es lo que no funciona con electricidad? Pero sabéis cuántas precauciones hay que tomar para no provocar cortacircuitos y accidentes, como, por ejemplo, incendios y electrocuciones. Un contacto directo con la electricidad puede ser mortal, porque se trata de una energía prodigiosa. Para hacerla llegar hasta nosotros y poderla utilizar con el menor riesgo, debemos adaptarla mediante transformadores para después canalizarla a través de circuitos, a menudo, muy complicados. Pues bien, lo mismo sucede con Dios. Dios es comparable a una electricidad pura que sólo puede descender

hasta nosotros a través de transformadores. Estos transformadores son las innumerables entidades luminosas que pueblan los cielos y a las que la tradición ha denominado jerarquías angélicas. A través de ellas recibimos la luz divina, y a través de ellas conseguimos entrar en relación con Dios.

Sí, esto es algo que hay que saber: entre nosotros y el Señor existe un largo camino que recorrer, un espacio tan vasto que es imposible concebir, y este espacio no está vacío, está compuesto de regiones habitadas por entidades espirituales. Todas las religiones han descrito, de una forma u otra, la existencia de estas regiones y de estas entidades. Para mí, la tradición judía es la que ha dado las nociones más precisas y más claras sobre todo esto. Mientras que el cristianismo, lo mismo que el islam, han heredado estas nociones sólo en parte.

La mayoría de los humanos se comportan como si ellos fuesen las únicas criaturas realmente evolucionadas. Por debajo de ellos se hallan los animales, las plantas, las piedras, y por encima, muy lejos, en algún lugar, está el Señor... ¡si es que aún creen en Él! Desconocen la existencia de todos estos seres que forman el vínculo entre el Señor y ellos. O, aunque los conozcan porque hayan oído hablar de ellos, apenas los recuerdan, ni tratan de establecer relaciones con ellos. Los católicos, los ortodoxos, se dirigen a los santos;

está bien, pero incluso los más grandes santos no son más que seres humanos, y el culto que se les rinde recuerda, a menudo, los cultos paganos: para encontrar un objeto se dirigen a san Antonio de Padua; para evitar un accidente, a san Cristóbal... Todos, o casi todos los santos del calendario tienen una función particular, y un número incalculable de «Nuestras Señoras» son invocadas para obtener la curación, la protección, el nacimiento de un hijo, la abundancia de las cosechas, el regreso del marido o de la mujer infiel, etc. Los cristianos tienen tendencia a despreciar a las religiones politeístas y a sus múltiples divinidades, sin darse cuenta que, también ellos, en cierto modo, poseen un verdadero panteón.

Esta costumbre de invocar a entidades espirituales a las que se atribuyen diferentes poderes, proviene de tiempos muy remotos, y los cristianos, simplemente, la han continuado y prolongado. Esto demuestra que, incluso para ellos, Dios está tan lejos que tienen necesidad de recurrir a intermediarios. Por eso es importante conocer mejor la existencia de las jerarquías angélicas, lo que son, cómo se sitúan, y cuáles son sus poderes.

En el Génesis, se menciona un símbolo de esta jerarquía angélica que establece el vínculo entre el hombre y Dios: es la escalera de Jacob. «Jacob llegó a un lugar en donde pasó la noche

porque el sol ya se había puesto. Tomó una piedra como cabecera y se acostó. Y he ahí que soñó con una escalera que estaba apoyada sobre la tierra, y su parte superior tocaba el cielo. Y los ángeles de Dios subían y bajaban por esta escalera. Y el Eterno permanecía encima de ella.»

La escalera es una imagen interesante a estudiar porque expresa, no sólo la idea de un intermediario entre lo de abajo y lo de arriba, sino también la noción de una jerarquía. Hablamos de «escala social» para expresar la jerarquía de situaciones que los humanos ocupan los unos con respecto a los otros. Hablamos de escala de valores, de escala de colores... La vida entera nos demuestra la necesidad de una escalera,... ¡aunque sólo fuese para subirse a un tejado! Diréis que hay otros medios. Sí, pero estos otros medios son siempre el equivalente de una escalera.

La tradición cristiana, que recoge la tradición judía, enseña la existencia de nueve órdenes angélicas: los Ángeles, los Arcángeles, los Principados, las Virtudes, las Potestades, las Dominaciones, los Tronos, los Querubines, los Serafines. Estas órdenes angélicas son, cada una de ellas, un aspecto del poder y las virtudes divinas, pero sobre todo representan para nosotros unas nociones más accesibles que la palabra «Dios». Para nuestro buen desarrollo espiritual, es preciso conocer la existencia de estas enti-

dades que nos sobrepasan, porque ellas son para nosotros como faros sobre nuestra ruta.

Podéis, claro está, seguir dirigiéndoos a Dios, pero sabiendo que nunca le alcanzaréis directamente. Sus servidores transmitirán vuestros deseos, vuestras oraciones... o hasta puede que no las transmitan: muchas peticiones no llegan a su destino porque en el camino hay entidades que efectúan una selección. Observan y dicen: «No es necesario llevar estas cosas hasta Dios, Él tiene otros menesteres en que ocuparse antes que escuchar esta clase de reclamaciones. ¡Venga, a la papelera!»

Y tampoco os imaginéis que Dios en persona vendrá a visitaros. Quizá venga un Arcángel a llevaros un mensaje, un átomo de luz, y ya será algo inmenso. ¿Quiénes somos nosotros para que Dios, el Dueño de los mundos, se desplace?... Además, no resistiríamos a las poderosas vibraciones de Su presencia. Se dice en los Salmos: «Todo se funde como la cera ante Su Faz.» Las órdenes angélicas son los transformadores que tamizan esta potencia para que pueda llegar hasta nosotros sin pulverizarnos.

Sí, esto debe quedar bien claro para vosotros. Podéis, desde luego, dirigiros directamente al Señor, yo también lo hago, pero sabiendo que son otros los encargados de transportar vuestras peticiones, por lo que si éstas no son puras ni

desinteresadas, serán arrojadas a la papelera, y nunca recibiréis respuesta. Es mejor saber de antemano cómo son las cosas para que no os engañéis y esperéis inútilmente. Todo lo que nosotros podemos recibir de Dios es un rayo, un efluvio que viene de lejos, de muy lejos, y que desciende a través de las jerarquías angélicas. Siempre es Dios quién nos responde porque Dios se encuentra en todos los niveles de la creación, pero nunca lo hace directamente.

II

PRESENTACIÓN DEL ÁRBOL SEFIRÓTICO

Para aquél que experimenta la necesidad de acercarse al Creador, de penetrar en su inmensidad, la religión le ofrece algunos medios: la oración, la participación en los oficios religiosos, la obediencia a ciertas reglas. Esto está bien, pero no es suficiente. Para acercarse a Dios, no basta con experimentar emociones místicas y respetar ciertas reglas, es necesario profundizar en un sistema de explicación del mundo.

Ya desde muy joven quise encontrar un sistema semejante, y lo busqué en todas las direcciones. He estudiado lo que enseñan las grandes religiones de la humanidad, y el sistema que me ha parecido mejor – el más vasto y, al mismo tiempo, el más preciso – lo he encontrado en la tradición judía, en la Cábala: el Árbol sefirótico, el Árbol de Vida. Con ello no quiero decir que las otras doctrinas sean malas o falsas, no, sino que las nociones que presentan son dispersas, no

dan una visión tan profunda, tan estructurada y tan sintética. El Árbol sefirótico es, verdaderamente, una síntesis del universo. Para mí, constituye la llave que permite descifrar los misterios de la creación. Si bien se presenta como un esquema muy sencillo, su contenido es inagotable. E, incluso, muchos episodios del Antiguo y del Nuevo Testamento sólo pueden ser interpretados a la luz del Árbol sefirótico.

Los cabalistas dividen el universo en diez regiones o sefirots que corresponden a los diez primeros números (la palabra *séfira*, en plural *sefirots*, significa numeración). Cada séfira está identificada por cinco nombres: el nombre de Dios, el nombre de la séfira misma, el nombre del jefe de la orden angélica, el de la orden angélica y, finalmente, el de un planeta.*

Se trata, pues, de cinco planos distintos, y comprenderéis mejor su naturaleza sabiendo que es posible establecer una correspondencia entre estos diferentes planos y los cinco principios que hay en el hombre, que son: el espíritu, el alma, el intelecto, el corazón y el cuerpo físico. Dios corresponde al espíritu, la séfira al alma, el jefe de la orden angélica al intelecto, la orden angélica al corazón, y el planeta al cuerpo físico.

* Un gráfico al final del libro permite consultar, en todo momento, el esquema detallado del Árbol sefirótico.

Cada séfira constituye, pues, una región habitada por una orden de espíritus luminosos encabezada por un Arcángel, que a su vez está sometido a Dios quién dirige esas diez regiones, pero bajo un nombre diferente para cada región. Es esta la razón por la cual la Cábala otorga diez nombres a Dios. Estos diez nombres corresponden a diferentes atributos. Dios es uno, pero se manifiesta de forma distinta según las regiones. Se trata siempre del mismo Dios único, pero presentado bajo diez aspectos diferentes, y ninguno de ellos es inferior o superior a los otros.

Los diez nombres de Dios son:

- | | |
|-----------------------|--------------------------|
| – <i>Ehie</i> | – <i>Eloha vaDaath</i> |
| – <i>Iah</i> | – <i>Jehovah Tsebaot</i> |
| – <i>Jehovah</i> | – <i>Elohim Tsebaot</i> |
| – <i>El</i> | – <i>Chadai El Hai</i> |
| – <i>Elohim Gibor</i> | – <i>Adonai Meled*</i> |

Los diez sefirots son:

- | | |
|----------------------------------|--------------------------------|
| – <i>Kether</i> : la Corona | – <i>Tipheret</i> : la Belleza |
| – <i>Hochmah</i> : la Sabiduría | – <i>Netzach</i> : la Victoria |
| – <i>Binah</i> : la Inteligencia | – <i>Hod</i> : la Gloria |
| – <i>Hesed</i> : la Gracia | – <i>Iesod</i> : el Fundamento |
| – <i>Geburah</i> : la Fuerza | – <i>Malkut</i> : el Reino |

* El significado de estos nombres necesita explicaciones. Ver Cáp. IV.

Los jefes de las órdenes angélicas son:

- *Metatron*: que participa en el Trono.
- *Raziel*: secreto de Dios.
- *Tsaphkiel*: contemplación de Dios.
- *Tsadkiel*: justicia de Dios.
- *Kamael*: deseo de Dios.
- *Mikhaël*: quién como Dios.
- *Haniel*: gracia de Dios.
- *Raphaël*: curación de Dios.
- *Gabriel*: fuerza de Dios.
- *Uriel*: Dios es mi luz, o bien, *Sandalfon*, que es interpretado como la fuerza que une la materia a la forma.

Las órdenes angélicas son:

- *los Hayot Ha-Kodesch*: los Animales de santidad o, en la religión cristiana, los Serafines.
- *los Ophanim*: las Ruedas, o Querubines.
- *los Aralim*: los Leones, o Tronos.
- *los Hachmalim*: los Centelleantes, o Dominaciones.
- *los Seraphim*: los Ardientes, o Potestades.
- *los Maadim*: los Reyes, o Virtudes.
- *los Elohim*: los Dioses, o Principados.
- *los Bnei Elohim*: los Hijos de los dioses, o Arcángeles.
- *los Kerubim*: los Fuertes, o Ángeles.

- *los Ischim*: los Hombres, o la Comunión de los Santos.

Finalmente, los cuerpos cósmicos o los planetas que corresponden al plano físico, son:

- *Reschit ha-Galgalim*: los primeros torbellinos.
- *Mazaloth*: el Zodíaco.
- *Chabtai*: Saturno.
- *Tsedek*: Júpiter.
- *Maadim*: Marte.
- *Chemesch*: el Sol.
- *Noga*: Venus.
- *Kohav*: Mercurio.
- *Levana*: la Luna.
- *Aretz*: la Tierra, o bien, *Olam Iesodoth*, es decir, el mundo de los fundamentos.

Los antiguos, que sólo conocían siete planetas, no consideraban en el Árbol sefirótico ni a Urano, ni a Neptuno, ni a Plutón. A *Kether*, hacían corresponder las nebulosas, los primeros torbellinos: *Reschit ha-Galgalim*, y a *Hochmah*, el Zodíaco: *Mazaloth*. Podemos conservar esta atribución, pero también podemos situar a Urano en el nivel de *Hochmah*, a Plutón en el nivel de *Daath**, y a Neptuno en el nivel de *Kether*.

Si los cabalistas han llamado Árbol de Vida a

* Con respecto a la séfira *Daath*, pág. 31 y pág. 114.

esta figura, es porque el conjunto que forman los sefirots debe ser comprendido, precisamente, teniendo en cuenta la imagen del árbol.

¿De qué se compone un árbol? Tiene raíces, un tronco, ramas, hojas, flores y frutos, que son solidarios entre sí. De la misma manera, los sefirots están relacionados entre sí mediante vías de comunicación denominadas «senderos». Hay 22 de estos senderos, y son designados con las 22 letras del alfabeto hebreo:

א	Aleph	ל	Lamed
ב	Beth	מ	Mem
ג	Ghimel	נ	Nun
ד	Daleth	ס	Samesch
ה	He	ע	Ain
ו	Vav	פ	Pe
ז	Zain	צ	Tsade
ח	Heth	ק	Qof
ט	Teth	ר	Resch
י	Iod	ש	Shin
כ	Kaf	ת	Tav*

Los 22 senderos y los 10 sefirots son llamados las 32 vías de la Sabiduría, que están situa-

* Al final del libro, el esquema del Árbol sefirótico se acompaña por un cuadro en el que los nombres mencionados más arriba están escritos en caracteres hebreos.

das, simbólicamente, en *Hochmah*. Comprenderéis mejor la naturaleza y la función de estas treinta y dos vías si tratáis de ver una relación con el hecho de que tenemos 32 dientes. Sí, ¿y no se habla, acaso, de las «muelas del juicio»? Tenemos 32 dientes para masticar el alimento, y los 32 senderos son también, de alguna forma, dientes gracias a los cuales masticamos los alimentos psíquicos y espirituales que cada día recibimos. Gracias a esta masticación llegamos a adquirir la sabiduría. Volverse sabio consiste en masticar las experiencias que realizamos cada día para extraer de ellas el jugo nutritivo.

Las 32 vías de la Sabiduría conectan los 10 sefirot, cada uno de ellos con sus 5 divisiones; por eso la Cábala dice que nos llevan a las 50 puertas de la Inteligencia, que son atribuidas simbólicamente a la séfira *Binah*. Para abrir puertas es necesario poseer llaves. Y la verdadera llave en la Ciencia iniciática, es el conocimiento del hombre mismo. El Iniciado puede conocerlo todo porque se conoce a sí mismo. En ciertas representaciones, en ciertos frescos egipcios, por ejemplo, el Iniciado tiene en la mano una especie de llave de forma idéntica al símbolo de Venus ♀. Este símbolo representa esquemáticamente al ser humano, con la cabeza, los dos brazos abiertos y las dos piernas juntas. El Iniciado posee la llave que le permite conocerse, y conociéndose, conoce

todo el universo, con lo cual puede abrir las puertas de todas las regiones.

Sin duda vosotros os preguntaréis: «¿Por qué diez sefirots? ¿Acaso el universo está realmente dividido en diez regiones?» No, y con respecto a esto hay un punto importante que debéis comprender. El Árbol sefirótico no está destinado a enseñarnos astronomía ni cosmología. En realidad, nadie puede decir exactamente lo que es el universo, ni cómo ha sido creado. El Árbol sefirótico representa un sistema de explicación del mundo que es de naturaleza mística. Sus bases se remontan a miles de años atrás. Los espíritus excepcionales que lo concibieron, no poseían evidentemente telescopios, ni siquiera gafas astronómicas. Gracias a la meditación, a la contemplación, gracias a una vida interior intensa, lograron captar una realidad cósmica que tradujeron con ayuda de imágenes y de relatos simbólicos. Y es esta tradición que se ha ido manteniendo y meditando a lo largo de los siglos, la que, en lo esencial, ha llegado hasta nosotros. El Árbol sefirótico no es, por tanto, una descripción exacta de nuestro universo, lo que explica la ausencia de ciertos planetas, la posición del sol, etc...

Volvamos a los diez sefirots. ¿Por qué diez? Porque este número representa una totalidad, un conjunto completo. Séfira, como ya os he dicho,

significa numeración. Es a partir de los diez primeros números que todas las combinaciones numéricas son posibles. Dios creó, en primer lugar, diez números, los diez sefirots, y con estos diez números puede crear también otros, es decir, existencias hasta el infinito.

Los cabalistas mencionan, aunque muy raramente, una undécima séfira: *Daath*, cuyo nombre significa: «saber». La sitúan entre *Kether* y *Tipheret*, pero no figura generalmente en las representaciones del Árbol sefirótico.

Este cuadro de sefirots, como veis, representa solamente las fuerzas del bien. Para vuestro perfeccionamiento, éstas son las únicas que debéis estudiar, sobre las que debéis concentraros. Pero la verdad es que la Cábala menciona también los diez sefirots tenebrosos, denominados *kliphoths*, y que representan el reflejo invertido de los sefirots divinos, exactamente como el Diablo es el reflejo invertido de Dios. Estos sefirots maléficos tienen también sus nombres, sus jerarquías de espíritus, pero no entraré en detalles, y no quiero pronunciar sus nombres porque no deseo conectarme con ellos.

Finalmente, más allá de la séfira *Kether*, los cabalistas sitúan una región a la que llaman *Ain Soph Aur*: luz sin fin, que es la región del Absoluto, de Dios no manifestado.

Para los cabalistas, el universo constituye una

unidad de la que el Árbol sefirótico es la expresión perfecta. Pero en esta unidad, distinguen varias regiones.

En una primera división aparecen 4 planos.

De arriba a abajo son:

– *Olam Atsiluth*, o mundo de las emanaciones, formado por los sefirots *Kether*, *Hochmah* y *Binah*.

– *Olam Briah*, o mundo de la creación, formado por los sefirots *Hesed*, *Geburah* y *Tipheret*.

– *Olam Ietsirah*, o mundo de la formación, compuesto por los sefirots *Netzach*, *Hod* e *Iesod*.

– *Olam Asiah*, o mundo de la acción, formado por una única séfira, *Malkut*.

Ahí también, entre el mundo de arriba y el mundo de abajo, existe una jerarquización que tiene también su correspondencia en el ser humano.

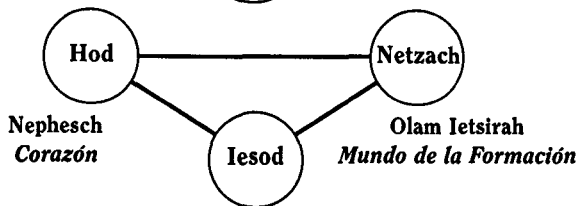
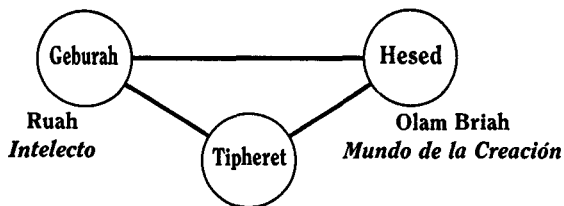
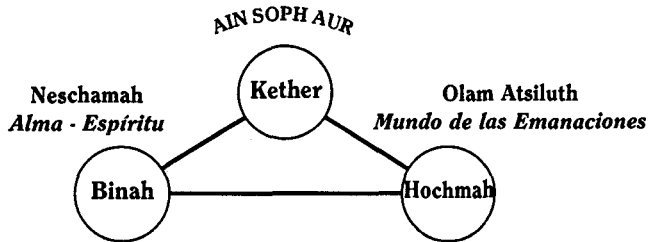
– A *Olam Atsiluth* corresponde *Neschamah*, es decir, el plano divino del alma y del espíritu.

– A *Olam Briah* corresponde *Ruah*, es decir, el plano mental, el intelecto.

– A *Olam Ietsirah* corresponde *Nephesch*, es decir, el plano astral, el corazón.

– A *Olam Asiah* corresponde *Guph*, el cuerpo físico.

Otra repartición, hace aparecer tres pilares.



Guph
Cuerpo físico



Olam Asiah
Mundo de la Acción

Árbol sefirótico

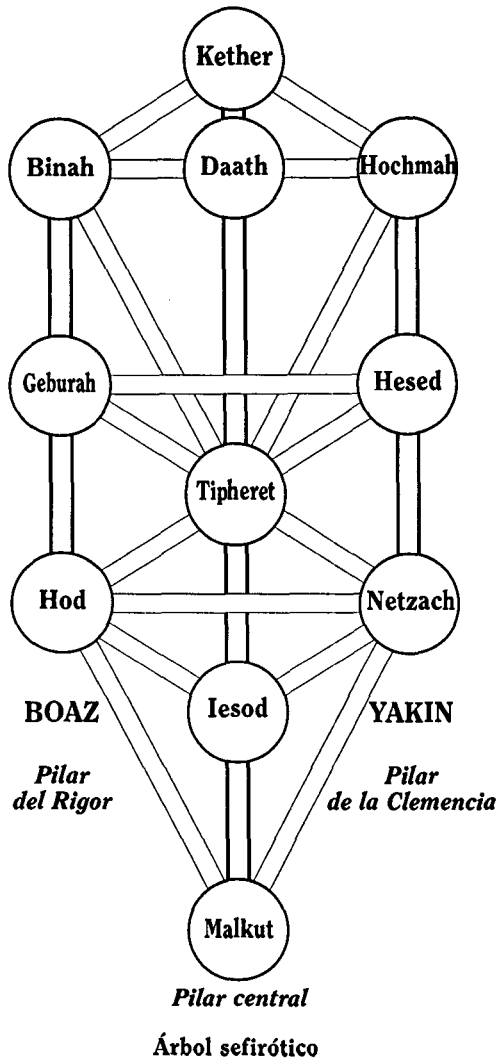
– A la derecha, el pilar de la Clemencia, llamado *Yakin*, que es un poder positivo, activo, y que comprende los sefirots *Hochmah*, *Hesed* y *Netzach*.

– A la izquierda, el pilar del Rigor, denominado *Boaz*, que es un poder femenino, pasivo, y que comprende los sefirots *Binah*, *Geburah* y *Hod*.

– Finalmente, el pilar central que equilibra a los otros dos, está compuesto por los sefirots *Kether*, *Daath*, *Tipheret*, *Iesod* y *Malkut*.

Esta división expresa la idea de que el universo está gobernado por los dos principios antagonistas, masculino y femenino, de atracción y de repulsión, de amor y de odio, de clemencia y de rigor y que, para armonizarse, estos poderes deben encontrarse en el centro.

Ahí poseéis ya los elementos esenciales del Árbol sefirótico. ¿Qué haréis con ellos?... Para un Instructor, es una responsabilidad muy grave la de introducir a los humanos en el santuario de la Divinidad, porque sabe que muy pocas personas están preparadas para comprender estas nociones y utilizarlas correctamente. Sin mencionar a los que se servirán de ellas para prácticas mágicas totalmente censurables, muchos, por ignorar su carácter sagrado, se imaginan que pueden pasarse inmediatamente en medio de



estos nombres como quien se pasea en un jardín público y jugar con los sefirots como si fuesen pelotas. Hay que abordar estos conocimientos con mucha humildad y respeto para poder obtener de ellos grandes iluminaciones.

No basta, pues, con leer dos o tres veces este cuadro, memorizar los nombres para mencionarlos de vez en cuando en la conversación. Para que se convierta en la base de un verdadero trabajo espiritual, el *Árbol sefirótico* debe ser un tema de meditación permanente. Procurad asimilar lentamente estas nociones, digerirlas... Y no os asombréis de oír que empleo términos que pertenecen al terreno de la nutrición. Precisamente, esta meditación sobre el *Árbol sefirótico* se puede comparar con la nutrición. Cada día coméis para manteneros sanos; de entre un gran número de alimentos, escogéis algunos que varían de un día a otro. En el *Árbol sefirótico* descubriréis, también, una inmensa variedad de «alimentos» porque es un reflejo del universo. La religión y la filosofía están representadas en él, desde luego, lo mismo que la moral, la verdad, pero también las ciencias y las artes. Y os corresponde a vosotros alimentaros con él todos los días.

Es cierto que muchos santos y muchos místicos lograron progresar espiritualmente sin conocer el *Árbol sefirótico*, pero el conocerlo da una visión más clara del trabajo a realizar, y este

método puede acompañaros a lo largo de toda vuestra existencia. Ningún esquema supera al Árbol de Vida. Seguidlo, vuestro pensamiento dejará de vagabundear al azar y recibiréis bendiciones a medida que sepáis ejercitaros y avanzar en esta vía. Volviendo a menudo sobre el Árbol sefirótico, encenderéis luces dentro de vosotros, y estas luces, no sólo os iluminarán, sino que os purificarán, os reforzarán, os vivificarán y os embellecerán. Quizá nunca comprendáis perfectamente esta figura, y con mayor razón, quizá nunca lleguéis a realizar las virtudes y los poderes que representa, pero estará ahí, como la representación de un mundo ideal que tirará siempre de vosotros hacia arriba.

III

LAS JERARQUÍAS ANGÉLICAS

I

Los ángeles de *Kether* son los Serafines, en hebreo *Hayot Ha-Kodesch*, que se traduce por Animales de santidad. *Hayot* es el plural de la palabra *haya* que significa vida.

Al principio del Libro de Ezequiel, en la Biblia, leemos una descripción de los cuatro Animales santos, y de forma análoga, san Juan escribe en el Apocalipsis: «Enseguida fui arrebatado en espíritu. Y he ahí que había un trono en el cielo, y sobre este trono, alguien estaba sentado... En medio del trono y alrededor del trono hay cuatro seres vivientes llenos de ojos por delante y por detrás. El primer ser viviente es semejante a un león, el segundo ser viviente es semejante a un toro, el tercer ser viviente tiene el rostro de un hombre, y el cuarto ser viviente es semejante a un águila que vuela. Los cuatro seres vivientes tienen cada uno seis alas y están llenos

de ojos alrededor y por dentro. Y no cesan de decir, día y noche: ¡Santo, santo, santo es el Señor Dios, Todopoderoso, que es y que viene!»

Los cuatro seres vivientes que están ante el trono de Dios representan a los cuatro principios de la materia, a los cuatro elementos: el león (el fuego), el toro (la tierra), el hombre (el aire) y el águila (el agua)*. Las raíces de la materia están, pues, en Dios, en la séfira *Kether*, y los Serafines son los ángeles de los cuatro elementos. Pero a este grado de pureza, la materia es casi de la misma sustancia que el espíritu.

Los Serafines son las primeras criaturas que reciben las emanaciones divinas; están sumergidos en el océano de la materia primordial, todavía en plena ebullición, y beben en la Fuente de la luz, en la Fuente del amor, que es su único alimento. Se nutren contemplando al Señor; por eso se los representa con ojos en todo el cuerpo. Los Serafines son la más perfecta manifestación del amor, porque el amor verdadero es una contemplación.

En realidad, en el Árbol de Vida existen otras expresiones del amor: *Hesed* (Júpiter) representa el amor por la colectividad, y *Netzach* (Venus) el amor por una criatura. Pero el amor por Dios, el

* Sobre las correspondencias entre el águila y el agua, ver el tomo 32 de las Obras Completas.

único amor verdadero, sólo puede manifestarse en *Kether*, y es el amor de los Serafines.

Frente al trono de Dios, los Serafines no cesan de repetir: «Santo, santo, santo es el Señor.» Lo que significa que la palabra «santo», es la que mejor caracteriza la esencia de la Divinidad. Pero ha sido tan a menudo empleada para designar solamente a hombres o mujeres que han manifestado algunas virtudes de paciencia, de bondad, de misericordia, que se ha perdido su significado verdadero. Para comprender en qué consiste la santidad, hay que partir de las lenguas eslavas. En búlgaro, por ejemplo, las palabras «svet» (santo) y «svetost» (santidad), tienen la misma raíz que la palabra luz: «svetlina». La santidad es, pues, una cualidad de la luz. En este sentido podemos decir que sólo Dios es verdaderamente santo, porque es pura luz. Esto es lo que repiten los Serafines, y por eso, la santidad está también inscrita en su nombre: *Hayot Ha-Kodesch*, Animales de santidad.

El jefe de la orden angélica de los Serafines es *Metatron*, el Príncipe de la Faz. Él es el único que ve a Dios cara a cara, y fue él quien habló a Moisés en el Monte Sinaí. Ningún ser humano, por elevado que sea, puede entrar directamente en contacto con Dios, porque Dios es un fuego devorador que le reduciría inmediatamente a cenizas. Siempre hace falta un intermediario que

hable al hombre de parte del Señor. Aunque se diga en la Biblia que Dios se dirigió a Abraham, a Jacob, a Moisés, o a tal profeta, en realidad, no se trataba de Él en persona, sino de un mensajero; y éste es, precisamente, el significado de la palabra «ángel»: mensajero, enviado.

Los ángeles de *Hochmah* son los Querubines, en hebreo los *Ophanim*, es decir, las ruedas. El profeta Ezequiel describe en su libro, la visión que tuvo de unas ruedas «de enormes dimensiones», que caminaban cerca de los Animales santos: «Cuando los Animales se elevaban del suelo, las ruedas se elevaban también. Se dirigían hacia donde el Espíritu les empujaba; y las ruedas se elevaban con ellos, porque el Espíritu de los Animales estaba en las ruedas. Cuando ellos caminaban, éstas también; cuando ellos se paraban, éstas también lo hacían; cuando ellos se elevaban del suelo, las ruedas se elevaban con ellos, porque el espíritu de los Animales estaba en las ruedas.» Los Animales santos obedecen las órdenes del Espíritu y comunican un impulso a las ruedas.

El simbolismo de la rueda (círculo perfecto en movimiento) nos revela la función de los Querubines, ya que al moverse, agitan la materia original simbolizada por los Animales santos, elaboran esta materia para que pueda servir a los

designios de Dios. Por esa razón se dice que el mundo de los *Ophanim* es el de la música de las esferas, con lo que volvemos a encontrar ahí la idea del círculo, de la rueda. Sin embargo, por música se debe entender únicamente las combinaciones sonoras creadas por los humanos y que pueden percibir nuestros oídos. La expresión «música de las esferas» traduce ante todo la armonía que existe entre todos los elementos del universo, un ajuste, una disposición basada en las relaciones de los números. La armonía es, en primer lugar, una estructura, y descendiendo a la materia, es cuando se vuelve creadora de formas. En este sentido, la armonía es la expresión de la razón, de la sabiduría, y por eso es asimilada, también, al Verbo. No hay armonía ni música fuera de la razón y de la sabiduría. El Verbo divino, la música y la sabiduría, no son sino una única y misma cosa.

Desgraciadamente, nos vemos obligados a constatar que, de entre todos los que crean música o la interpretan, muy pocos son capaces de llevar una vida musical. La música, la verdadera música, no es la que se canta o se ejecuta con instrumentos, sino la que expresamos con los pensamientos, los sentimientos y los gestos armónicos en todas las circunstancias de la vida. Esta es la música de *Hochmah*.

Al frente de la orden de los *Ophanim*, se en-

cuentra el arcángel *Raziel*. Según la tradición, él es quien le dio a Adán un libro, el *Sepher Ietsirah*, que le revelaba los secretos de la creación. Sin embargo, cuando Adán cometió la primera falta, este libro le fue retirado.

Los ángeles de *Binah* son los Tronos, en hebreo *Aralim*, los leones.

En el texto del Apocalipsis, san Juan asocia la presencia de los Tronos a la de los Animales santos, los Serafines: «Alrededor del trono vi veinticuatro tronos, y sobre éstos, a veinticuatro Ancianos sentados cubiertos de vestiduras blancas, y sobre sus cabezas, coronas de oro.» En otro pasaje, los veinticuatro Ancianos se dirigen así al Señor: «Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, que eres y que eras, porque has asumido tu gran Poder y tomado posesión de tu reino. Las naciones se han irritado; y tu cólera ha venido, y ha llegado el tiempo de juzgar a los muertos, de recompensar a tus servidores los profetas, los santos, y aquellos que temen tu nombre, pequeños y grandes, y de destruir a aquellos que destruyen la tierra.»

Al dar el nombre de Tronos a los ángeles de *Binah*, la religión cristiana insiste en la noción de estabilidad, mientras que su nombre hebreo *Aralim*, leones, introduce una noción de juicio. En efecto, simbólicamente, el león está relacio-

nado con la justicia, y el «León de la tribu de Judá» representa la figura del Juez Supremo. Los veinticuatro Ancianos son los Señores del destino; nada se les escapa de los pensamientos, de los sentimientos, ni de los actos de los humanos, y son ellos los que deciden los castigos, las recompensas, y las condiciones en las que estos deberán venir a reencarnarse.

Y mientras que los Serafines cantan la santidad de Dios, los veinticuatro Ancianos le adoran posternándose: «Echan su corona ante el trono diciendo: Tú eres digno, Señor nuestro y Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder, porque Tú has creado todas las cosas y es por Tu voluntad que ellas existen y han sido creadas.» Del mismo modo que la función de los Serafines es celebrar la santidad de Dios, la de los veinticuatro Ancianos es reconocer la perfección de Su voluntad. Y también le rinden justicia a Dios, proclamando que Él es el único digno.

Al frente de los *Aralim* se encuentra el arcángel *Tsaphkiel*.

Kether, *Hochmah* y *Binah*, las tres primeras órdenes angélicas, son las más a menudo mencionadas en los libros sagrados, porque pertenecen a la tríada más elevada.

Las órdenes angélicas de la segunda tríada, *Hesed*, *Geburah* y *Tipheret*, son:

- las Dominaciones: *los Hachmalim* (centelleantes),
- las Potestades: *los Seraphim* (ardientes),
- las Virtudes: *los Maadim* (reyes).

Estas tres órdenes tienen, como punto en común, el expresar el poder, e identificamos su acción con las cualidades de los sefirots en donde residen. Las Dominaciones, los ángeles de *Hesed* (la misericordia) derraman por todas partes sus bendiciones bajo la dirección de *Tsadkiel*, cuyo nombre significa «Dios es mi justicia». Las Potestades, los ángeles de *Geburah* (la fuerza), ardientes de celo para con el Creador, son conducidos por *Kamael*, «deseo de Dios», para restablecer el orden por todas partes en donde esté amenazado. Su trabajo es comparable al que efectúa el organismo para desembarazarse de todos los desechos. Las Virtudes, los ángeles de *Tipheret* (la belleza), tienen al frente al arcángel *Mikhaël*. Son los *Maadim*, mencionados en el Apocalipsis: «Hubo una guerra en el cielo. *Mikhaël* y sus ángeles combatieron contra el dragón.»

Las jerarquías angélicas de la tercera tríada, *Netzach*, *Hod* e *Iesod*, son:

- los Principados: *los Elohim* (los dioses),
- los Arcángeles: *los Bnei Elohim* (los hijos de los dioses),

– los Ángeles: los *Kerubim* (los fuertes).

Los *Elohim*, bajo la conducta del arcángel *Haniel* «gracia de Dios», representan las entidades que han creado el mundo, tal como se dice en el Génesis: «*Bereschit* (al principio) *bara* (crearon) *Elohim* (los dioses) *eth-ha-schamaim* (el cielo) *ve-eth-ha-aretz* (y la tierra).» El plano fue dado arriba, en la séfira *Hochmah*, por el gran Arquitecto del universo, y los *Elohim* son los obreros que construyeron el edificio. El trabajo del arquitecto consiste únicamente en hacer los planos; la realización es confiada a los empresarios, a los albañiles. Los empresarios del universo fueron los *Elohim*.

Al frente de los *Bnei Elohim*, los ángeles portadores del fuego, está el arcángel *Raphaël*, cuyo nombre significa «Dios sanador».

Los *Kerubim* son los portadores de la vida pura. Son los más cercanos a los hombres, por lo que están más a menudo en contacto con ellos y con las otras órdenes angélicas. Al frente de ellos está el arcángel *Gabriel*: «Dios es mi fuerza».

Finalmente, y aunque hablando con propiedad no formen parte de las jerarquías angélicas, en la décima séfira, *Malkut*, los cabalistas sitúan el orden de los *Ischim*. Son los santos, los profetas, los Iniciados, los grandes Maestros de todas las religiones, todos aquellos que, con su vida y

sus palabras, han conducido a los humanos por el camino de la luz. Ellos representan la fraternidad de las grandes almas a la que los cristianos llaman la Comunión de los santos. Hacia estos seres, que descendieron a la tierra para instruir y ayudar a los humanos, debemos, en primer lugar, dirigir nuestras miradas, porque gracias a ellos, a su enseñanza, a su deseo de ayudarnos y de trabajar para nuestra evolución, nosotros podemos elevarnos en la escala de las criaturas. A su cabeza, la Cábala sitúa a *Sandalfon*, o bien a *Uriel*.

Los Serafines, los Querubines y los Tronos están en contacto directo con Dios. A través de ellos, las Dominaciones, las Potestades y las Virtudes reciben las emanaciones divinas que transmiten a los hombres y, más abajo todavía, a los animales, a las plantas y a los minerales.

Los Serafines son los espíritus del Amor divino.

Los Querubines son los espíritus de la Sabiduría divina.

Los Tronos son los espíritus del Poder divino.

Las Dominaciones, las Potestades y las Virtudes son un primer reflejo de este amor, de esta sabiduría y de este poder. Más abajo, los Principados, los Arcángeles y los Ángeles, son un ségundo reflejo. Y a nosotros nos corresponde,

ahora, realizar esfuerzos para llegar a ser el tercer reflejo de esta perfección divina aprendiendo a trabajar con todo el amor de nuestro corazón, con toda la luz de nuestro intelecto y con toda la fuerza de nuestra voluntad.

II

Al despertaros por la mañana, ¿por qué no comenzar vuestra jornada pensando en todas estas criaturas de luz que suben y bajan entre la tierra y el trono de Dios? Toda vuestra jornada quedará iluminada si así lo hacéis... Pensad en ellas, conectaos con ellas, contempladlas en vuestro corazón y en vuestra alma, y pronunciad sus nombres. Cuando llamáis a alguien por su nombre entre una multitud, la persona que ha sido llamada gira la cabeza. Lo mismo sucede con las entidades del mundo invisible: si las llamáis por su nombre, se detienen y vuelven sus ojos hacia vosotros. De este modo podéis entrar en comunicación con ellas.

Al ser cada vez más conscientes de estas entidades que os sobrepasan, os impregnáis de sus virtudes, os vivificáis, os ilumináis y enriquecéis vuestro mundo interior. Pero, al mismo tiempo,

debéis ser muy modestos, sabiendo que muchas de estas entidades estarán, durante todavía mucho tiempo, fuera de vuestro alcance. Empezad por tratar de contactar con los santos, con los Iniciados, con los grandes Maestros cuya misión consiste en ocuparse de la humanidad. Después, podéis elevaros aún más para intentar contactar con los Ángeles, porque los Ángeles son los más cercanos a los hombres ya que los escuchan, los ayudan, los atienden. También podéis tratar de invocar a los Arcángeles...

Pero es inútil pretender que os oigan los Principados y las cohortes angélicas superiores, es inútil. Los mundos son innumerables en el espacio infinito poblado por millares de criaturas, y estas jerarquías angélicas que tienen otros trabajos a ejecutar, muy lejos en el espacio, no están en relación con los humanos. Quienes se ocupan de los humanos son, sobre todo, como os he dicho, los santos, los Iniciados, los grandes Maestros, es decir, aquellos que vivieron en la tierra, pero que, después de haberla abandonado, se acuerdan de ella, han mantenido lazos con los humanos y hecho promesas que quieren cumplir. El discípulo debe conocer la existencia de las jerarquías superiores, puede incluso invocarlas, pero sabiendo que, para obtener resultados mediante la oración y la meditación, debe dirigirse a lo seres que están más cercanos a él.

Estoy obligado a daros estas nociones para que no os equivoquéis, para que no os imaginéis que, de pronto, tendréis acceso a los Tronos, a los Querubines y a los Serafines. No, éste es un camino muy largo de recorrer, y aún no estáis preparados para ello, pero debéis tenerlo constantemente presente, porque las jerarquías angélicas son las únicas que pueden daros elementos de los mundos superiores para alimentar vuestra alma y vuestro espíritu. Y así es como llegaréis a realizar este precepto de Jesús: «Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto.» ¿Cómo conseguir ser perfecto si no nos conectamos con todas estas criaturas que encarnan las virtudes divinas?

La perfección presupone el conocimiento de estas jerarquías y el deseo de trabajar con ellas. Los Ángeles os darán la vida pura. Los Arcángeles os darán el fuego sagrado. Los Principados os darán las posibilidades de construir y de organizar vuestro mundo interior. Las Virtudes os darán el esplendor de la luz divina. Las Potestades os darán el valor y la audacia para defender vuestro ideal. Las Dominaciones os darán la generosidad y la misericordia. Los Tronos os darán la estabilidad y la inteligencia de los Misterios. Los Querubines os darán la sabiduría y la armonía. Los Serafines os darán el amor, este amor que está por encima de todos los conoci-

mientos, que es la plenitud y la liberación total.

Pero, ¿cómo nos atrevemos a hablar de estas entidades ante las que deberíamos solamente postrarnos en silencio? Yo lo hago para inspiraros el deseo de que no os contentéis con una existencia inconsciente y prosaica. Quien ignora la realidad de estas regiones sublimes, puede satisfacerse con la vida ordinaria. Pero, el que la conoce, siente que todo aquello que habitualmente valora, no es nada al lado de lo que existe en este mundo sublime. Sí, incluso todo lo más grande que ha producido la ciencia, las artes, la filosofía, padece a su lado. Hay que conocer, por lo menos, la existencia de estas regiones pobladas de criaturas perfectas para comprender lo importante que es acercarse a ellas.

Si no comenzáis este trabajo aquí, en la tierra, no podréis continuarlo en el otro mundo. Hay que empezar trazando el camino aquí, en este mundo, para poder continuar avanzando en el otro. Por el hecho de encarnarse en la tierra en un cuerpo físico, el hombre posee una superioridad sobre todos los ángeles, incluso los más elevados, y es en este cuerpo en el que debe hacer descender las virtudes de las jerarquías angélicas, para convertirse, un día, en el templo de la Divinidad. Entonces, realizará la plenitud. El hombre está aún en el comienzo de su desarrollo y, por eso, los ángeles se inclinan sobre él con paciencia,

para hacerle crecer. Saben que su futuro es grandioso (¡hasta se dice que algunos ángeles estuvieron celosos del hombre!) O sea que, ánimo, porque un día la creación cantará himnos a la gloria del hombre.

IV

LOS NOMBRES DE DIOS

Ehieh

Cuando Dios dio a Moisés la misión de liberar a los hebreos del yugo de los Egipcios, éste le respondió: «Iré, pues, hacia los hijos de Israel y les diré: El Dios de vuestros padres me envía hacia vosotros. Pero, si me preguntan cuál es su nombre, ¿qué les responderé? Díjole Dios a Moisés: *Ehieh Ascher Ehieh* (lo que significa literalmente: seré el que seré). Y añadió: Así es como responderás a los hijos de Israel: Aquél que se llama *Ehieh* «yo seré» me ha enviado a vosotros.»

El nombre de Dios que corresponde a la séfira *Kether*, *Ehieh*, significa pues: «Yo seré.» Dios se llama a Sí mismo «yo seré» para expresar que no ha terminado de manifestarse. Él es Aquél que está en continua y sublime manifestación y que no podemos ni ver, ni oír, ni tocar.

Jehovah, Jehovah Tsebaot, Iah

En los sefirots *Binah* y *Netzach*, Dios es llamado *Jehovah*. Este nombre es, en realidad, una fabricación de los cristianos que han querido pronunciar el Tetragrama *Iod He Vav He* יהוה.* El Tetragrama es el gran nombre sagrado de Dios; los judíos lo escriben, pero no lo pronuncian. Cuando figura en el texto bíblico que deben leer en alta voz, dicen *Adonai*: el Señor. Según la tradición, únicamente el gran sacerdote pronunciaba este nombre una vez al año, en el Templo, en el Santo de los Santos. Es, pues, el Tetragrama el que reina en la séfira *Binah*: *Jehovah*, y en la séfira *Netzach*: *Jehovah Tsebaot*.

Tsebaot significa: ejércitos. *Jehovah Tsebaot* significa, pues, «Dios de los ejércitos». Estos ejércitos no son ejércitos terrestres, sino las jerarquías angélicas.

En *Hochmah*, Dios es llamado *Iah*, que se escribe *Iod He* יהי, y que es, por tanto, una forma abreviada del Tetragrama.

El, Eloha vaDaath, Elohim Gibor, Elohim Tsebaot

En la séfira *Hesed*, Dios es llamado *El*, que significa Dios, y que encontramos de nuevo en

* Sobre la interpretación de estas cuatro letras ver también el tomo 32 de las Obras Completas, Cáp. IV «El Tetragrama y los setenta y dos genios planetarios.»

Eloha, y también en *Elohim*, que es el plural de *Eloha*. *Elohim Gibor* (en *Geburah*) significa: «Dios fuerte». *Eloha vaDaath* (en *Tipheret*) significa: «Dios y el Saber». *Elohim Tsebaot* (en *Hod*) significa: «Dios de los ejércitos», estos ejércitos celestiales que son los coros de los ángeles y de los astros que celebran su gloria (*Hod*).

Chadai El Hai

En la séfira *Iesod*, el nombre de Dios es *Chadai El Hai*, que se traduce por: Todopoderoso (*Chadai*) Dios (*El*) Vivo (*Hai*). En realidad, *El Chadai* significa exactamente: «Dios de las montañas». La imagen de la montaña, de la cima, ha sido asociada, en todos los tiempos, con la Divinidad; porque está en la cima, Dios es todopoderoso.

Adonai Meled

En la séfira *Malkut*, Dios es llamado *Adonai Meled*. *Adonai* significa: Señor, y *Meled*: rey. Volvemos a encontrar esta palabra *Meled* en el nombre de *Melkhisedek*, que quiere decir: «Rey de Justicia». Y *Malkut* significa: «reino».

Una vez más, insisto en el hecho de que estos nombres representan los diferentes aspectos de un Dios único, y que estos aspectos no son ni inferiores ni superiores los unos con respecto a

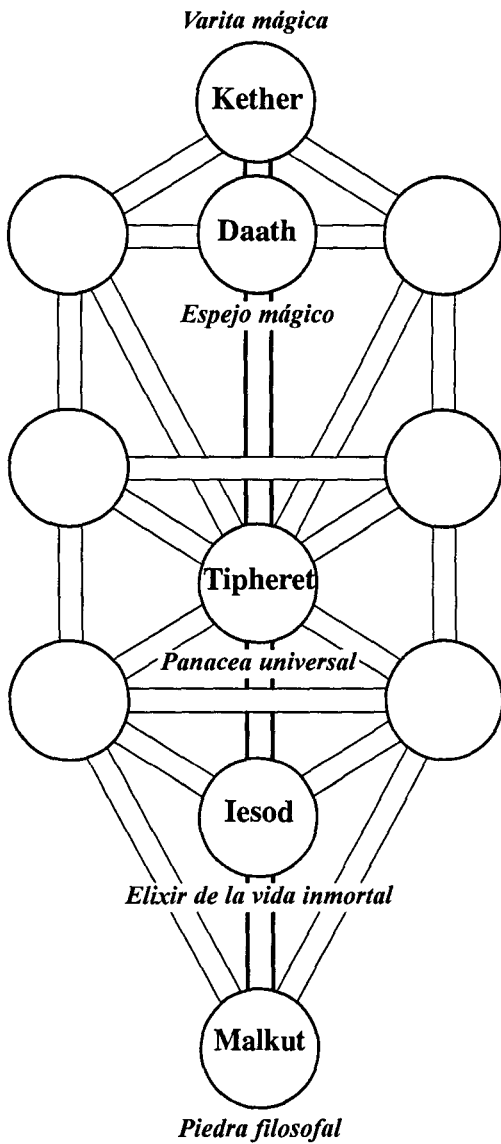
los otros. La disposición vertical del Árbol sefirótico conlleva necesariamente que exista una base y una cúspide, pero *Elohim Gibor*, por ejemplo, es exactamente el mismo Dios que *Chadai El Hai*, que *El*, o que *Ehieh*.

V

LOS SEFIROTS DEL PILAR CENTRAL

La meta de la búsqueda espiritual está, a menudo, simbolizada por uno o varios objetos que el Iniciado logra conquistar tras incesante trabajo y arduas labores. La varita mágica, el elixir de vida inmortal, la panacea universal, el espejo mágico, la piedra filosofal, mencionados en ciertas tradiciones populares son, en realidad, los símbolos de las facultades que el Iniciado consigue desarrollar, de los poderes que ha logrado obtener. ¿Los posee materialmente? A veces sí, pero la cuestión no es esa. Primero debe tratar de poseerlos en sí mismo, bajo la forma de cualidades y virtudes, y trabajar con ellos.

Estos cinco símbolos tienen correspondencias con los sefirots del pilar central del Árbol sefirótico: la varita mágica con *Kether*, el espejo mágico con *Daath*, la panacea universal con *Tipheret*, el elixir de vida inmortal con *Iesod*, y la piedra filosofal con *Malkut*. Diréis: «Pero,



¿cómo entrar en posesión de esta riqueza? ¿Qué trabajo debemos hacer?»

Cuando os esforzáis en transformar vuestros pensamientos y vuestros sentimientos ordinarios, mediocres, mezquinos, en pensamientos y sentimientos nobles, generosos, desinteresados, trabajáis con la piedra filosofal (*Malkut*) que transforma los metales viles en oro.

Cuando, gracias a una vida pura, regeneráis las células de vuestro organismo, trabajáis con el elixir de vida inmortal (*Iesod*).

Cuando os esforzáis por aportar a los humanos la luz y el calor, trabajáis con la panacea universal (*Tipheret*). Y entonces, allí donde vayáis, los humanos se sienten mejor, los dolores les abandonan, sus preocupaciones desaparecen y recobran el ánimo. Este es el efecto que producen algunos médicos muy buenos: su sola presencia alivia a los enfermos.

Cuando adquirís la costumbre de concentraros en temas muy elevados, recibís mensajes del espacio, como si los objetos y los seres viniesen a reflejarse en un espejo (*Daath*).

Cuando lográis ejercer un gran autodomínio sobre vosotros mismos, entráis en posesión de la varita mágica que da todos los poderes (*Kether*). Nunca olvidéis que sólo es posible realmente imponerse al exterior si se logra dominar nuestro ser interior.

También pueden asociarse símbolos a los otros seis sefirots. Para *Hod* (Mercurio), un libro. Para *Netzach* (Venus), una flor, la más preciada de todas por su perfume: la rosa, porque las entidades espirituales siempre son atraídas por los perfumes sutiles. Para *Geburah* (Marte), una espada, porque para poder proteger a los demás y protegerse uno mismo de los ataques del mal, hay que poseer –simbólicamente– una espada. Para *Hesed* (Júpiter), una corona, o una tiara, símbolo de la realeza y del sacerdocio. Para *Binah* (Saturno), un esqueleto con una hoz, símbolo del tiempo y de la eternidad*. Para *Hochmah* (Urano), una rueda o un ojo, el ojo que lo ve todo. Ahora os corresponde a vosotros profundizar en todos estos símbolos y trabajar para formarlos en vosotros mismos. Querer poseerlos exteriormente quizá no os sirva de nada, y entonces, no sólo perderéis vuestro tiempo, sino que corréis, además, el riesgo de trastornaros psíquicamente.

Ningún objeto simbólico debe ser tomado en cuenta fuera del uso que podamos hacer de él en la vida interior, porque, de lo contrario, llegamos a situaciones ridículas. Algunos hablan de la piedra filosofal que transmuta los metales en oro, pero son pobres. Otros hablan del elixir de vida inmortal y de la panacea universal, pero están

* Ver Cáp. XV: «Binah II: el territorio de la estabilidad».

enfermos. También hay personas que hablan del espejo y de la varita mágica (y hasta los poseen, ¡porque se pueden encontrar fácilmente en las tiendas!) pero siguen estando ciegas y son débiles. Entonces, ¿cómo concuerda todo eso? Es dentro de vosotros mismos donde debéis descubrir la piedra filosofal, el elixir de la vida inmortal, la panacea universal, el espejo mágico y la varita mágica, y los encontraréis aprendiendo a trabajar con los sefirots *Malkut, Iesod, Tipheret, Daath* y *Kether*.

VI

AIN SOPH AUR: LUZ SIN FIN

Cuando abrimos por la mañana la ventana y vemos el sol, nos sentimos felices de ver su luz, de sentir su calor, y de dejarnos penetrar por la vida que propaga en el universo. Pero si pudiésemos dejar la tierra para acercarnos al sol, probablemente descubriríamos algo negro, oscuro, que no nos alegraría en absoluto. He ahí un misterio que debemos profundizar más adelante, porque una experiencia de este tipo es la que han realizado todos aquellos que fueron muy lejos en la búsqueda de la luz. E incluso muchos de ellos no volvieron, porque cuando nos elevamos hacia estas alturas, ya no podemos volver a la tierra. La mariposa se quema en la llama de la lámpara que la atrae. Quienes quisieron alcanzar el Absoluto, desaparecieron fundidos por el poder de sus vibraciones. Por eso se dice que *Kether*, la más alta séfira, absorbe y pulveriza a aquellos que la alcanzan.

Este es también el significado que hay que dar a los relatos del Antiguo Testamento que se refieren a la desaparición de Enoch que «caminó hacia Dios y, después, dejó de ser, porque Dios lo tomó; fue arrebatado para que no conociese la muerte...» o como la de Elías, que fue transportado por «un carro de fuego y caballos de fuego... y ascendió al cielo en un torbellino.» El fuego devora los objetos y los transforma en llamas, y lo mismo sucede con la luz. ¿Os parece esto terrorífico? No; para los Iniciados, ser absorbidos por la luz, fundirse en este espacio en donde ya no se sabe si hay luz o tinieblas, constituye la experiencia más deseable.

En el antiguo Egipto, cuando el discípulo alcanzaba el último grado de la Iniciación, el gran sacerdote le murmuraba al oído: «Osiris es un dios negro... Osiris es tinieblas, tres veces tinieblas.» ¿Cómo Osiris, Dios de la luz y del sol, podía ser negro? El discípulo quedaba turbado, porque lo negro es el símbolo del mal y de lo incognoscible. ¡Tanto camino recorrido en búsqueda de la luz, para acabar descubriendo las tinieblas! La realidad es que Osiris es tan luminoso que parece oscuro. Osiris es luz incluso más allá de la luz misma. ¿Por qué se habla de la «luz cegadora»? Si bien aparentemente parece que existe una contradicción, en realidad no la hay. Incluso nosotros, en el plano físico, sólo habla-

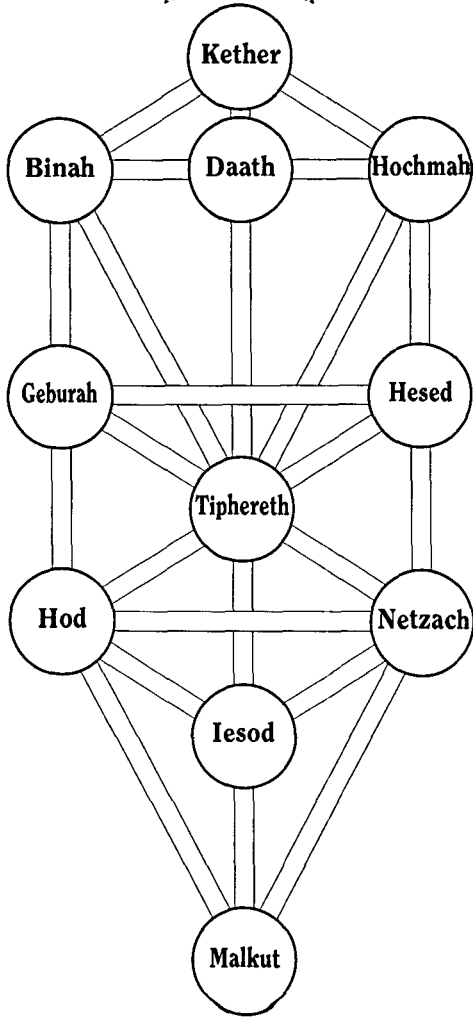
mos de luz para aquello que nuestros ojos pueden ver. Lo que no pueden ver, lo llamamos sombra, noche, todo esto es relativo, aunque sólo sea en comparación con ciertos animales que ven claro por la noche. Si nada os ha preparado para comprender el pensamiento de un gran filósofo, de un gran sabio, cualquiera que sea la luz que éste proyecte sobre algunas cuestiones, todo seguirá siendo oscuro para vosotros, y hasta podemos decir que cuanto más luminoso sea su pensamiento, tanto más oscuro será para aquellos que no puedan captarlo. Las palabras «tinieblas» y «oscuridad», no son utilizadas aquí para definir objetivamente una realidad, sino para expresar nuestra incapacidad de concebirla. Y lo que nosotros llamamos luz, corresponde a una realidad que se encuentra más a nuestro alcance. Por esto podemos decir que, para nosotros, la luz surge siempre de las tinieblas.

Nunca sabremos, pues, si las tinieblas son verdaderamente tinieblas o si se nos aparecen como tales a causa de nuestra incapacidad de ver. ¿Cómo saber si las tinieblas son o no una realidad? Para facilitar la comprensión, los Iniciados, que han querido instruir a los humanos sobre los misterios de Dios y de la creación, enseñan que la luz surgió de las tinieblas. Al comienzo del libro del Génesis, por ejemplo, está escrito: «La tierra era informe y vacía. Había tinieblas en la

superficie del abismo y el Espíritu de Dios se movía por encima de las aguas. Dios dijo: ¡Haya luz! Y hubo luz.» El mundo de los diez sefirot que nosotros estudiamos es el de la manifestación, a partir del momento en que Dios dijo: «¡Haya luz!» Pero ello no significa que antes no fueran tinieblas, al contrario. Por eso, en el Árbol sefirótico, los cabalistas han llamado al espacio que hay más allá de *Kether: Ain Soph Aur*, luz sin fin. Este espacio es como un velo tendido que no podemos penetrar. Es el Absoluto, el No manifestado, del que no tenemos noción alguna y del que *Kether*, Dios Padre, es una emanación.

La Divinidad, tal como los cabalistas la comprenden, está más allá de la luz y de las tinieblas, más allá de los mundos creados. Y para expresar aún mejor este misterio de la Divinidad, más allá de *Ain Soph Aur* los cabalistas han concebido una región a la que han llamado *Ain Soph*: sin fin, y todavía más allá de *Ain Soph, Ain*: sin. En el origen del universo hay, pues, una negación. Pero «sin», que significa ausencia, carencia, no significa, sin embargo, la no-existencia. *Ain* no es la nada absoluta, tal como algunos han imaginado el Nirvana de los hindúes. De hecho, es exactamente lo inverso. *Ain Soph Aur*, como el Nirvana, no es una no-existencia, una aniquilación, sino una vida más allá de la creación, de la manifestación, y tanto más allá que parece ser una no-existencia.

AIN
AIN SOPH
AIN SOPH AUR



Árbol sefirótico

Ain, Ain Soph, Ain Soph Aur.. Así es como los cabalistas han tratado de expresar estas realidades que escapan a nuestro entendimiento. No podemos hablar del Absoluto, pero conservad la noción del mismo, y dad gracias a Dios, vuestro Padre Celestial que os ama, que os ayuda a crecer y que trabaja en vuestro corazón, porque las palabras son, de todos modos, una forma de hacernos presentir esta realidad. Pedidle al Cielo que os dé la luz para penetrar en estos Misterios hacia los que yo sólo puedo orientaros.

VII

LA MATERIA DEL UNIVERSO: LA LUZ

«¡Haya luz!» Según el relato del Génesis, en el momento en que Dios pronunció estas palabras comenzó la creación. ¿Significa esto que antes no existía ninguna luz? ¿Y cómo pudo crearla el Verbo divino? También aquí el esquema del Árbol sefirótico, del Árbol de la Vida, nos ayuda a comprender.

Antes que Dios dijese: «¡Haya luz!» esta realidad que nosotros llamamos luz, sólo existía bajo una forma que no podíamos concebir: *Ain Soph Aur*. Y la «palabra» de Dios, que, evidentemente, no tiene ninguna relación con lo que nosotros podemos llamar palabra, no es más que una forma de expresar la idea de que, para crear, Dios proyectó algo de Sí mismo. Esta proyección era Él, pero una forma nueva de Él a la que nosotros llamamos luz. Decir que Dios «habló», significa que tuvo la voluntad de manifestarse. Pensáis que esto es muy difícil de comprender... No, tomemos un ejemplo de la vida cotidiana. Tenéis una

idea, pero ¿dónde está esta idea? ¿Dónde situarla? ¿Acaso se la puede ver y localizar en alguna parte de vuestro cerebro? No. Y nos vemos obligados a reconocer, también, que no sabemos de qué materia está hecha. Pero en el momento en que expresáis esta idea por medio de la palabra, ya se empieza a percibir su existencia. Y, finalmente, cuando actuáis de acuerdo con esta idea, ésta se encarna en la materia y se vuelve visible. La palabra es un intermediario entre el plano del pensamiento puro y el de la realización en la materia. Ahí tenéis una imagen del proceso de la creación.

Ahora, si relacionamos la frase del Génesis: «Dios dijo: ¡Haya luz!», con la primera frase del Evangelio de san Juan: «Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios», comprendemos aún mejor la relación existente entre el Verbo y la luz. La luz es la sustancia que el Verbo divino, el primogénito de Dios, hizo aparecer para que se convirtiera en la materia de la creación. Diréis que, cuando miramos las piedras, las plantas, los animales, y hasta a los humanos, no vemos que estén hechos de luz. Sí, porque esta luz se ha condensado en ellos hasta el punto de convertirse en opaca. Y si generalmente se opone materia y luz, es porque se ignora que lo que se llama materia es, en realidad, luz condensada.

La Cábala enseña que Dios creó el mundo por condensaciones sucesivas. Para salir de esta inmensidad, de este abismo insondable, de este espacio sin límites a través del cual estaba difundido, *Ain Soph Aur*, el Absoluto, el Incognoscible, se impuso límites; después, desbordando estos límites, formó un receptáculo que llenó con sus emanaciones. Este receptáculo es *Kether*, la primera séfira. *Kether* es la primera manifestación de *Ain Soph Aur*, el no manifestado. A partir de ahí, podemos decir que toda la creación no es más que una sucesión de surgimientos y de desbordamientos de la luz original. *Kether*, al desbordar, formó *Hochmah*: *Hochmah* es como un recipiente que se llenó con el agua de *Kether*. Al desbordarse, a su vez, se vertió en *Binah*, y *Binah* en *Hesed*, *Hesed* en *Geburah*, *Geburah* en *Tipheret*, *Tipheret* en *Netzach*, *Netzach* en *Hod*, *Hod* en *Iesod*, y *Iesod* en *Malkut*. Y a medida que descendió para formar nuevos mundos, la emanación divina se volvió cada vez más densa. Pero se trata siempre de la misma quintaesencia que crea, sin cesar, nuevas fuerzas, nuevos colores, nuevas melodías, nuevas formas... De emanación en emanación, creó Dios todos los sefirots y así es como la vida continúa emanando de la Fuente infinita.

«Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios... En Él estaba la

vida, y la vida era la luz de los hombres.» Para que *Kether* haga brotar la vida, es preciso que la reciba de más arriba. Y la recibe de *Ain Soph Aur*, *Ain Soph Aur* de *Ain Soph*, y *Ain Soph* de *Ain*, la ausencia que espera el momento de hacerse presencia...

Existe, pues, una relación ininterrumpida entre el Absoluto y Dios manifestado, y de esta manera, algo nuevo se introduce sin cesar en el universo. El universo es una creación continua y su materia aumenta y se transforma sin cesar. ¿Cómo se establece este contacto entre el Absoluto y Dios manifestado? Nada sabemos de ello. En efecto, y que Dios me perdone por meterme en tales cuestiones, porque se necesita ser osado para confesar que nadie sabe nada sobre este punto. Entonces diréis, ¿por qué hablar de ello? Porque, en la medida en que somos creados a imagen de Dios, a imagen del universo, algo en nosotros, que escapa a nuestra conciencia, puede captar algunas parcelas de esta realidad...

La vida no es otra cosa que un trasvase de energías, por eso encontramos también en la tradición cabalística, la imagen del río de la vida que brota de la Fuente divina y desciende para alimentar a todas las criaturas del universo.

De *Kether* a *Malkut*, los sefirot constituyen los vasos sagrados que llenan la Fuente inagotable de la vida. El árbol y el río son, pues, dos

imágenes complementarias que traducen el surgimiento y el fluir de la vida. Diréis: «Pero el árbol tiene sus raíces abajo, mientras que el río tiene su fuente arriba.» Sí, en nuestro mundo material, los árboles tienen sus raíces en el suelo, pero el árbol cósmico tiene sus raíces arriba.*

Volvamos a tomar ahora la imagen del río, teniendo siempre presente que sólo se trata, precisamente, de una imagen destinada a traducir un aspecto de la realidad. Sin embargo, la realidad misma es mucho más compleja y por tanto, para comprenderla, hay que introducir en la imagen nuevos elementos.

Puesto que los sefirots están repartidos en tres pilares, ello significa que el río de vida no fluye en línea recta de arriba hacia abajo. Lo hemos visto, a una y otra parte del Pilar central, se levantan el Pilar de la Clemencia, polarizado positivamente, y el Pilar del Rigor, polarizado negativamente. Al pasar de una séfira a la otra, la emanación divina cambia, pues, de polaridad. Lo que explica que, sucediéndose los unos a los otros, los sefirots parecen, sin embargo, de naturaleza opuesta. A *Hochmah*, por ejemplo, que representa la armonía, el amor universal, sucede *Binah*, que representa el rigor implacable de los

* Ver en el Cáp. IX: «El Reino de Dios es semejante a un grano de mostaza».

decretos divinos. A esta intransigencia de *Binah*, le sucede la clemencia de *Hesed*; y a la clemencia de *Hesed*, la audacia combativa de *Geburah*, etc. Y como cada séfira corresponde a un atributo divino, a una virtud divina, esto es lo que explica que los adjetivos que aplicamos a Dios sean tan diferentes y, aparentemente, contradictorios: misericordioso, terrible, dulce, celoso, fiel, vengador... Expresan los caracteres opuestos de los dos pilares.

VIII

«CUANDO EL ETERNO TRAZÓ UN CÍRCULO
EN LA SUPERFÍCIE DEL ABISMO»...

Cuando Dios quiere descender a nuestro mundo, debe vestirse, lo mismo que nosotros. Y vestirse, significa entrar en la materia. Pero, como Dios no quiere descender y limitarse hasta el punto de tener que tomar un cuerpo físico para contactar con nosotros, nos invita a su casa, a su morada, que es también la nuestra. Sí, nuestra morada es, en realidad, infinitamente más vasta de lo que nos podemos imaginar. Nuestra morada es el universo que Dios penetra, impregna y sostiene con su presencia, y recorriendo este universo, nosotros podremos contactar con Él.

Recorrer el universo no significa solamente explorarlo con cohetes o ingenios espaciales, sino estudiarlo con todos los instrumentos que el Creador nos ha dado, con los órganos de nuestros sentidos físicos, desde luego, pero también, y sobre todo, con los órganos de nuestros sentidos espirituales, con nuestra alma y con nuestro

espíritu. Así es como lograremos encontrar a Dios. Él no descenderá todavía más hacia nosotros; ya se limitó en la creación, y no se limitará más.

Pensáis: «¡Pero Dios es absolutamente libre! ¿Cómo comprender, pues, esta limitación?» Os lo explicaré.

Los sefirots *Kether*, *Hochmah* y *Binah* corresponden a esta entidad que la religión cristiana llama Dios*. *Kether*, *Hochmah* y *Binah* representan la Santísima Trinidad, Dios en tres personas. Esta Santísima Trinidad (que la Cábalá sitúa en el plano de las emanaciones, *Atsiluth*) es la que creó el mundo y sigue estando presente en él.

La primera séfira, *Kether*, representa el principio de todas las manifestaciones; por eso se la identifica con el Padre. Y *Kether* engendró a *Hochmah*. ¿Qué es *Hochmah*? Es el Verbo, es decir, una energía que se condensó y se ordenó para convertirse en la materia de la creación. Por eso san Juan escribió: «Al principio era el Verbo».

Imaginaos que queréis inventar un nuevo medio para expresaros: lógicamente empezaría por crear el equivalente a un alfabeto. Este alfabeto cósmico, digamos que es *Hochmah*. Y una vez obtenidas las letras, podéis disponerlas, orga-

* Ver el Cáp. X: «La familia cósmica y el misterio de la Santísima Trinidad».

nizarlas para formar palabras, frases inteligibles y sensatas. Y ésta es la tercera etapa, la séfira *Binah*, la materia primordial. Por materia primordial es necesario entender esencias y no elementos materiales como los que conocemos y estudia la ciencia. En *Binah*, la sustancia dada por *Hochmah* se diferencia, y sólo después de un largo proceso de condensación aparece en el plano físico bajo la forma de los cuerpos que llamamos oxígeno, hidrógeno, hierro, zinc, etc... Los elementos del Verbo –letras y números*– agrupados en frases, son los arquetipos de los cuerpos materiales, y tienen propiedades determinadas e inmutables. Cada elemento ha recibido su lugar, su composición, su peso, sus propiedades, y es la tercera séfira, *Binah*, quien se los ha dado.

La séfira *Kether* está por encima del tiempo y del espacio. El espacio apareció con *Hochmah*, representada materialmente por *Mazaloth*, el Zodíaco, y el tiempo apareció con *Binah*, representada por *Chabtai*, *Saturno*. Cuando Dios, es decir, la Trinidad de *Kether-Hochmah-Binah*, se retire, ya no habrá ni tiempo ni espacio y el universo desaparecerá. Cuando cese este sacrificio que implica la limitación de Dios, el mundo

* Las letras del alfabeto hebreo poseen un valor numérico, y los números no tienen grafismo distinto: א (aleph) = 1; ב (beth) = 2; ג (ghimel) = 3; etc.

creado volverá a la nada, pero de esta nada emergerá otra creación de la que nada sabemos.

Nada es eterno, excepto Dios mismo, y un día, toda la creación entrará de nuevo en Él. Pero, ¿qué entendemos por esta palabra «creación»? Si decimos que es la materia primordial emanada por Dios, los elementos que la constituyen son indestructibles, y permanecerán en Dios, y Él siempre podrá con ellos engendrar nuevos mundos. Pero si llamamos «creación» a los mundos que Dios ha formado con estos elementos, estos mundos no son eternos. Todo lo que nace debe morir. La eternidad no es una sucesión de siglos; es, por decirlo de alguna manera –aunque es muy difícil de definir una noción semejante–, una cualidad de la materia... Sí, la eternidad es una fusión de la materia y del espíritu. Cuando experimentamos la eternidad, se trata tan solo de una sensación: si podemos tener, durante unos segundos, una sensación de eternidad, es porque hemos entrado en un orden superior de las cosas, hemos sido proyectados a un mundo en el que la materia está animada por las más altas vibraciones del espíritu.

La materia primordial es una sustancia que Dios proyectó fuera de Sí mismo y condensó. Sólo ella es indestructible, eterna. Con esta materia, Dios creó los mundos, y estos mundos un día se disgregarán para reaparecer bajo nuevas for-

mas. Es en este sentido que podemos decir que la creación tendrá un final.

«El cielo y la tierra pasarán, decía Jesús, pero mis palabras no pasarán.» Cuando se expresaba así, Jesús se identificaba con la segunda persona de la Trinidad, el Hijo, la segunda séfira, *Hochmah*, el Verbo. El cielo y la tierra pasarán, es verdad, pero los gérmenes que están en *Hochmah*, los arquetipos para un nuevo cielo y una nueva tierra, no pasarán porque son eternos.

«Cuando el Eterno trazó un círculo en la superficie del abismo, yo estaba allí» dice *Hochmah*, la Sabiduría, en el Libro de los Proverbios. Y ¿qué es este círculo? Las fronteras que Dios mismo trazó para crear el mundo. Es en este sentido que debe comprenderse que Dios se limitó. Limitarse significa encerrarse en un universo que funciona y que evoluciona de acuerdo con sus propias leyes. Fuera, más allá de este universo, ignoramos lo que existe. Las leyes de la vida que estudia la ciencia, no son más que los límites que Dios se impuso en su creación. Son estos límites los que dan estructura, forma, contornos y cohesión a la materia. Un mundo que no estuviese circunscrito en unos límites, sería inestable y no podría subsistir porque en el interior de estos límites toda la materia está en movimiento y sólo pide escaparse.

Dios trazó un círculo para retener su propia sustancia. El círculo es un trazado mágico. En el centro, Dios colocó el núcleo de la creación y su trabajo empezó. En la naturaleza, todo nos revela cómo procedió Dios para crear el mundo. Una célula, con su membrana, ya nos lo explica... Y si la cavidad craneal no existiese, ¿dónde estaría nuestro cerebro?... Esta es exactamente la misma función de la piel: sirve de límite. Observad las cosas a vuestro alrededor y encontraréis en todas partes un reflejo de este círculo que Dios trazó como límite de su creación. Si no metemos el perfume en un frasco, éste se evapora. E incluso para construir una casa, en primer lugar hay que trazar sus límites: sin paredes, ¿dónde estaría la casa? En el terreno espiritual también debemos comprender lo que significan los límites: antes de convocar a los espíritus luminosos para un trabajo, el mago se rodea con un círculo; y el discípulo debe saber también que, por lo menos, debe trazar con el pensamiento, cada día, un círculo de luz a su alrededor a fin de conservar sus energías espirituales.

Dios existe bajo todos los aspectos, desde la piedra, en donde está limitado en extremo, y podemos tocarle, hasta la sustancia más inmaterial, la luz, y todavía más allá... Está omnipresente en las piedras, en las plantas, en los animales, en los humanos, en los ángeles y en todas

las jerarquías celestiales, y más lejos aún... Tiene sus miembros profundamente hundidos en todas partes en la creación, pero hay regiones en las que es más libre. No puede moverse en las formas más densas de la materia, pero en su Reino es libre. Si comprendéis esto, se abrirán ventanas ante vosotros sobre maravillosos horizontes...

Dios es libre, pero fuera de nuestro mundo. Cuando entra en nuestro mundo, se encuentra limitado. Por eso, cuando los hombres, indignados ante ciertos acontecimientos, se rebelan diciendo: «¡Dios no debería permitir cosas semejantes!» es porque no han comprendido nada. Si poseyesen el verdadero saber, comprenderían que Dios, precisamente, no puede intervenir. En la tierra Dios está limitado, y somos nosotros quienes Le limitamos. Dios es, a la vez, limitado e ilimitado. Esta limitado en nuestros corazones, pero es libre en el corazón de los ángeles.

Os daré una imagen. Suponed que un hombre se haya entretenido cimentando uno de sus pies en el suelo: no puede ya levantar su pie, pero el resto de su cuerpo es libre. Del mismo modo, Dios ha aceptado estar limitado, prisionero, pero en parte solamente, ¡en el cemento que somos nosotros! El día en que Dios se libere completamente, retirará su pie del cemento y ya no habrá más humanidad. Evidentemente, se trata sólo de una imagen, pero que puede ayudaros

a comprender mejor la realidad de las cosas.

Para manifestarse, Dios se limitó. Vayamos más lejos: es gracias a esta limitación, incluso, que nosotros existimos y podemos pensar y hablar de Él. Es Dios mismo quien nos ha dado esta posibilidad. La prueba evidente de que Dios existe, es que yo estoy aquí, hablándoos de Él, y que vosotros estáis también aquí para escucharme. Si Él no existiese, yo no existiría y vosotros tampoco. Todo lo que existe es prueba de la existencia de Dios. Ahora, claro, si la gente prefiriese hacerse otra idea de Dios para después poder decir que no existe... o que ha muerto, esto es problema suyo.

Jesús decía: «Sois el templo de Dios vivo.» Este Dios de quien somos el templo, es Dios manifestado, y está más o menos limitado en nosotros según nuestro grado de evolución. A medida que nos elevamos y nos purificamos, liberamos a Dios permitiéndole manifestarse más libremente en nuestro templo en tanto que poder, luz, amor, belleza... Todas estas ideas son, desde luego, difíciles de captar, y las olvidaréis, lo sé. Pero siempre quedará algo en vuestro subconsciente, y un día, cuando seáis capaces de comprender, las recordaréis. Si queréis acelerar esta comprensión, debéis entrenar vuestro cerebro que es el mejor de los instrumentos. No se debilita al mismo tiempo que los demás órganos, porque las

jerarquías divinas han depositado en él sus poderes. Pero hay que ejercitarlo con la actividad del pensamiento que es una especie de escalera que hemos recibido de la Inteligencia cósmica y es esencial aprender a servirnos de ella para elevarnos.

IX

«EL REINO DE DIOS ES SEMEJANTE
A UN GRANO DE MOSTAZA»

Decir que Dios es absolutamente incognoscible, es una afirmación errónea. Un Ser cuyas obras podemos contemplar noche y día, no es, realmente, incognoscible. Puesto que el universo creado por Dios existe y que es, por lo menos en parte, accesible a nuestros cinco sentidos y a nuestra reflexión, lo mismo sucede con Dios. Más allá de *Kether*, Dios está fuera del alcance de nuestras facultades, pero a partir de *Kether*, abor damos nociones accesibles a nuestro entendimiento.

Kether, la primera séfira, representa el comienzo de toda manifestación, y la manifestación presupone división, polarización, es decir, la aparición de un principio masculino y de un principio femenino necesarios para crear.

El ejemplo de la semilla nos hará comprender mejor esta idea. Mientras la semilla no se «manifiesta», la desconocemos. En ella, la vida

está latente. Pero la ponéis en la tierra y la regáis, se divide y aparece un germen que se transforma en un tallo que empieza a crecer: y entonces, empezáis a conocerla. Dios ha dejado por todas partes en la naturaleza, huellas que pueden instruirnos. Si Dios, el Absoluto, que lo contiene todo, no se hubiese polarizado para manifestarse, no existiríamos y no podríamos conocer nada, de la misma manera que nada podemos saber de una semilla hasta que ésta no germina, hasta que no se polariza.

Es esta imagen de la semilla, precisamente, la que Jesús utilizó en los Evangelios: «El Reino de Dios es semejante a un grano de mostaza que un hombre ha tomado y sembrado en su campo. Es la más pequeña de todas las simientes; pero cuando ha crecido, se convierte en un árbol de forma que los pájaros del cielo vienen a habitar en sus ramas.» El Reino de Dios es el universo, una de cuyas representaciones simbólicas más profundas es el Árbol sefirótico o Árbol de Vida.

Mirad: el sembrador puso la semilla en la tierra, es la primera séfira, *Kether*. Mientras no sea sembrada la semilla, el proceso de la vida no puede comenzar.

Una vez en tierra, la semilla se divide, se polariza, y es *Hochmah*, la Sabiduría, el binario, la oposición de lo positivo y de lo negativo, de lo de arriba y de lo de abajo. Las fuerzas conteni-

das en la Corona empiezan a dividirse, a oponerse las unas a las otras. Por eso todos aquellos que no comprenden la dualidad, los contrarios, el bien y el mal, no pueden comprender la sabiduría.

Pero, en verdad, estas fuerzas no están completamente divididas, siguen unidas por la Corona que les dice: «Sois masculina y femenina, positiva y negativa, así que uníos e id a trabajar en el mundo.» Se unen, y entonces surge *Binah*, la Inteligencia, que las armoniza. Tal como lo ha ordenado la Corona, *Binah* reconcilia a los contrarios y aparece el germen.

Kether, Hochmah y Binah son las raíces hundidas en el suelo del mundo de arriba. Diréis: «¡Pero las raíces de una planta están abajo, enterradas en el suelo!» Sí, porque para la planta, la raíz representa la cabeza. Pero la verdadera cabeza está arriba. El hombre también es un árbol cuyas raíces están plantadas arriba, en el Cielo. Igual que las tres séfiras *Kether, Hochmah y Binah*, nuestra verdadera cabeza está enterrada en el suelo del mundo divino.

Ahora, para que la planta aparezca por encima del suelo, se precisa la intervención de la cuarta séfira, *Hesed*: la Misericordia. *Hesed* representa el tronco del árbol, esta fuerza que trata de resistir, suceda lo que suceda.

La quinta séfira *Geburah*: la Fuerza, corres-

ponde a las ramas que empiezan a extenderse por todos lados. Cuando un hombre, una sociedad o un pueblo, se vuelven poderosos, logran extenderse por todas partes.

La sexta séfira, *Tipheret*: la Belleza, son las hojas que, no sólo adornan el árbol, sino que también le permiten respirar y alimentarse de luz.

Después de las hojas, aparecen los brotes: es la séptima séfira, *Netzach*: la Victoria. Si el árbol ha conseguido llegar hasta el estadio de los brotes, es porque el árbol ha sido capaz de vencer todas las dificultades, y entonces dará frutos.

Ahora se hace un gran trabajo en los brotes que darán nacimiento a las flores. Es la octava séfira, *Hod*: la Gloria, la alabanza. El árbol se cubre de flores ofreciendo su perfume como si se tratara de incienso, para celebrar así la gloria del Eterno.

Finalmente, en la flor se forma el fruto que el sol hace madurar dándole colores. Es la formación del hijo, la novena séfira, *Iesod*: la Base; el fruto será el punto de partida de otra vida: la de un nuevo árbol.

En efecto, el fruto, producto de la semilla, contiene en sí mismo semillas, y es *Malkut*, la décima séfira. De 1 que era, el grano se ha convertido en 10, es decir, simbólicamente, la multitud. Cada grano o simiente producida por el fruto, representa a Malkut, el Reino de Dios.

¿Cómo reconocer que se trata, efectivamente, del Reino de Dios? Plantad la semilla y todos los demás atributos pronto aparecerán. Así pues, *Malkut* y *Kether* se encuentran, el principio y el fin de las cosas son idénticos. Por eso Jesús decía que el Reino de Dios (*Malkut*) puede compararse con el grano de mostaza.

Es posible que ahora penséis: «Todo esto está muy bien, pero ¿qué podemos hacer con ello para nuestra vida interior?» Muchas cosas. El grano de mostaza puede interpretarse como un pensamiento o un sentimiento. ¿Qué es un pensamiento? ¿Qué es un sentimiento? Un grano, en apariencia minúsculo. Pero, ¡plantadlo! y si es puro, desinteresado, intenso, y si le dais buenas condiciones, será el punto de partida para la edificación del Reino de Dios. «Los pájaros del Cielo vendrán a cobijarse en sus ramas», dice Jesús. Los pájaros son los ángeles: vienen a visitar al hombre que ha abrazado la vida espiritual porque encuentran en él un abrigo en quien se instalan definitivamente colmándole con su luz y su gracia.

Se dice que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. ¿Qué significa esto? Lo comprenderéis cuando hayáis meditado mucho tiempo sobre la imagen de la semilla y del árbol. Toda la cues-

tión de la imagen y de la semejanza está contenida en la distancia que separa la semilla del árbol.

X

LA FAMILIA CÓSMICA Y EL
MISTERIO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

No existe nada en el mundo visible que no sea un reflejo, una representación del mundo invisible. Tomemos el ejemplo de la familia, esquemáticamente, el padre, la madre, el hijo y la hija: en la tierra es una realidad. Pues bien, debemos comprender que, en un nivel más elevado, la familia existe también bajo la forma de principios cósmicos que trabajan en el universo. Y estos principios cósmicos están representados por el nombre sagrado de Dios, Iod He Vav He יהוה que la tradición cabalística llama, también, el Tetragrama (del griego «tetra»: cuatro, y «gramma»: letra). Las cuatro letras del nombre de Dios corresponden a los cuatro principios que actúan en el universo y que actúan también en el hombre, porque el hombre ha sido creado a imagen del universo.

Iod י es el principio masculino creador, la fuerza primordial que es el origen de todos los movimientos: el espíritu, el Padre.

He ם representa el principio femenino que absorbe, conserva, protege y permite que el principio trabaje en ella: el alma, la madre.

Vav ם representa al Hijo que nace de la unión del Padre y de la Madre. Es el primer hijo de esta unión, y se manifiesta también como principio activo, pero a otro nivel. El Hijo es el intelecto que camina de acuerdo con la línea de Iod y, por otra parte, gráficamente, Vav es una prolongación de la letra Iod.

La segunda He ם representa a la Hija. La Hija es la repetición de la Madre, es el corazón.

Las cuatro letras del nombre de Dios representan pues el Padre: el espíritu; la Madre: el alma; el Hijo: el intelecto, y la Hija: el corazón.

En el Árbol de la Vida, estos cuatro principios corresponden a los primeros sefirot: *Kether* es el Padre, *Hochmah* el Hijo, *Binah* la Hija. «¿Y la Madre?» diréis. La Madre corresponde a la séfira *Daath*.* Ella es la Madre Divina a la que los cabalistas han denominado también con el nombre de *Shekinah*. La *Shekinah* es la esposa de Dios... Sí, Dios tiene una esposa, ¡que los cristianos me perdonen y que no se ofusquen! También yo soy cristiano, pero esto no es razón para no reflexionar y tratar de comprender la realidad de las cosas.

* Ver el Cáp. II, pág. 31.

Mi intención –y la de los cabalistas– no es la de dar una esposa a Dios en el sentido que, en la tierra, un hombre toma por esposa a una mujer. Pero en la medida en que la familia es una realidad abajo, también es una realidad arriba; sólo que esta realidad se manifiesta diferentemente: se trata de una analogía y no de una identidad. En la Tabla de Esmeralda, Hermes Trismegisto dice: «Todo lo que hay abajo es «como» lo que hay arriba, y todo lo que hay arriba es «como» lo que hay abajo.» Se trata, pues, de una analogía, de una semejanza.

Los cristianos repiten: Padre, Hijo y Espíritu Santo, sin extrañarse de que ningún principio femenino sea mencionado en esta Trinidad. Sin embargo, no podemos dejar de plantearnos la cuestión. Cuando oímos enumerar: Padre, Hijo... que son unos términos que evocan a la familia, ¿cómo no sorprenderse de que el tercer miembro de esta familia sea el Espíritu Santo? Y ¿qué familia es esa en la que falta la madre? En esta familia está ausente: ¿ha sido reemplazada por el Espíritu Santo? ¿Y por qué? ¡Ah! ¡Habría que preguntar a los Padres de la Iglesia porqué juzgaron oportuno hacer del Señor un soltero empedernido! Las tres entidades de esta Trinidad: Padre, Hijo, y Espíritu Santo, son masculinas, y es anormal que no haya sitio ninguno para el principio femenino. Porque, comprendedme

bien, de lo que se trata aquí es de principios.

Sí, y es porque eliminaron a la madre Divina en tanto que principio cósmico, que los teólogos cristianos dieron, después, una importancia tal a María, si bien quizá convendría ver en las Vírgenes negras que se encuentran en ciertas iglesias, una huella de esta Madre cósmica.

Le han dado demasiada importancia atribuyéndole precisamente virtudes y poderes que una mujer no puede poseer. Se la declaró «Inmaculada Concepción», es decir, «concebida sin pecado» y, por tanto, preservada del pecado original, y ella misma habría «concebido a Jesús por obra del Espíritu Santo». Yo no estoy en contra de esto; si a algunos les beneficia tener una imagen tal de la madre de Jesús, Dios mío, ¡que sigan así! Pero me veo obligado a constatar que esto contradice todas las leyes de la naturaleza establecidas por la Inteligencia cósmica. Por mucha que sea la grandeza, la elevación, y el carácter divino que un hombre posea, físicamente no puede haber sido concebido por el Espíritu Santo.

¿Cómo se puede confundir a María con la Madre Divina? Yo estimo a María, la aprecio, y no quiero disminuirla, pero por santa que sea, ¡no se puede, sin embargo, hacer de ella la Madre Divina! Los cristianos no han comprendido nada de la inmensidad de este principio cósmico que es la parte femenina del principio creador. El ser

al que se llama Dios, y que el cristianismo representa como un poder masculino es, en realidad, masculino y femenino. Para que haya creación, manifestación, debe haber polarización, es decir, presencia de un principio masculino y de un principio femenino. Para manifestarse, Dios debe ser, a la vez, masculino y femenino. Esto es, también, lo que se enseñaba en las Iniciaciones órficas: Dios es macho y hembra.

¿Por qué los Padres de la Iglesia han suprimido a la Madre Divina? ¿Acaso eran tan puritanos que la idea de que Dios tuviese una esposa les ofuscaba? La verdadera razón está, sin duda, en que al haber identificado absolutamente a Jesús con Cristo hasta el punto de pretender que era realmente el único hijo de Dios descendido para encarnarse en la tierra, era necesario, evidentemente, darle una madre que no tuviese ya casi nada de humano. Así pues, identificaron a María con la Madre Divina, al igual que identificaron a Jesús con Cristo. Bien, no me opongo a ello, pero ¿es ésta la verdad? María fue una mujer, ella no es la Madre Divina que formó todos los mundos. María no es la Madre de Dios, fue la madre de Jesús; y Jesús no es un principio cósmico, Jesús fue un hombre, uno de los más grandes de entre los hijos de Dios que han descendido a la tierra, pero era un hombre; y Cristo es el principio cósmico que vino a habitar en él.

¿Por qué confundirlo todo? Y María era, desde luego, una mujer excepcional puesto que el Cielo la escogió para ser la madre de un ser tal, pero no podemos ponerla en el lugar de la Madre Divina.

Las cuatro letras del nombre de Dios, Iod He Vav He ם ך ם ך , representan, pues, a los cuatro principios que están en la base de la creación: el Padre Celestial y la Madre Divina, que se prolongan en el Hijo y la Hija. En el Árbol sefirótico éstos son: *Kether*: el Padre; *Daath*: la Madre; *Hochmah*: el Hijo y el Verbo; y *Binah*: la Hija, la Naturaleza.

Diréis: «Pero, entonces, ¿hay que rechazar la Trinidad Padre-Hijo-Espíritu Santo?» No, pero hay que comprender a qué corresponden estos tres principios. El cristianismo define a la Santísima Trinidad como el misterio de un sólo Dios en tres personas. No, la Santísima Trinidad no es un misterio, o más bien, sólo ha sido un misterio porque no han sabido servirse de la ley de analogía. Para comprenderlo, hay que recurrir al sol.

El sol es este formidable poder creador de vida que se manifiesta con la luz y con el calor. Aquél que sea capaz de profundizar en estas manifestaciones, descubrirá las relaciones que existen entre la vida, la luz y el calor del sol y la Santísima Trinidad: Padre-Hijo-Espíritu Santo. En todos los niveles de la creación, desde el pla-

no físico hasta el plano divino, encontramos de nuevo estos tres principios: la vida, la luz y el calor. En el plano espiritual, la vida se manifiesta como sabiduría (luz) y como amor (calor), y son estos tres principios: vida, sabiduría y amor, los que encontramos también en la Santísima Trinidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que son indisociables entre sí, como son indisociables la vida, la luz y el calor del sol. ¿Veis? El misterio de un sólo Dios en tres personas no es tan difícil de dilucidar. Lo que sigue siendo misterioso es, solamente, la inmensidad, el esplendor de esta esencia primordial de la que han surgido todas las existencias y sobre la cual nunca dejaremos de meditar.

En el Árbol sefirótico, la Santísima Trinidad está representada, pues, por los tres sefirots *Kether*, *Hochmah* y *Binah*. Cuando pronunciamos la palabra «Dios», debemos saber que, en realidad, contactamos con estos tres primeros sefirots. «Pero, entonces, diréis, ¿cuáles son sus relaciones con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo? ¿Acaso podemos establecer correspondencias?» Sí, pero siempre con la condición de que se sepan manejar las correspondencias inteligentemente, delicadamente.

Kether, la Corona, representa al Padre, la Fuente de la Vida; esto está claro, esta correspondencia no presenta ninguna dificultad.

Hochmah, la Sabiduría, la segunda séfira, salida del Padre, puede ser considerada como el Hijo, el verbo proferido por el Padre, la luz que proyectó de Sí mismo para crear.

Binah, la tercera séfira, corresponde al Espíritu Santo, que es considerado aquí, pues, como un poder femenino. Muchos se indignarán y dirán: «¿Cómo? ¿Acaso el Espíritu Santo es una mujer?» Yo no he hablado de una mujer, he hablado de un poder femenino, de un principio femenino. Y, además, ¿por qué escandalizarse? ¿Acaso os escandalizáis cuando os presentan al Espíritu Santo en forma de paloma? Y, ¿qué es una paloma sino un pájaro del género femenino? Y el Espíritu Santo, al que el Nuevo Testamento llama el Paráclito, es decir, en lengua griega, el que ayuda, el que protege, el que consuela, es una expresión del amor, del calor. Así pues, hay que ir más lejos en la comprensión.

Ahora bien, como ya os he explicado*, dichas correspondencias no tienen nada de absoluto, por lo que es posible considerar también que el Hijo representa el amor, puesto que se ofrece eternamente en sacrificio para la conservación del mundo; y que el Espíritu Santo puede representar a la Sabiduría, puesto que fue Él quien des-

* Ver el Tomo 10 de las Obras Completas, Cáp. IV: «Cómo encontrar a la Santísima Trinidad en el Sol» y Cáp. XIV: «El Sol es a imagen y semejanza de Dios».

cendió sobre los apóstoles en forma de lenguas de fuego, otorgándoles la facultad de profetizar y de hablar en lenguas. Y también Jesús se refería al Espíritu Santo cuando les dijo a sus discípulos en el momento de partir: «Todavía tengo muchas cosas que deciros, pero ahora, no podéis soportarlas. Cuando venga el Consolador, el Espíritu de verdad, él os conducirá en toda la verdad.» El único punto irrefutable, es que *Kether* representa al Padre, la vida, con sus dos manifestaciones, el calor y la luz, que pueden transformarse la una en la otra, como sucede también en el plano físico.

Si aceptáis proseguir vuestro esfuerzo y venir conmigo aún más lejos, añadiré esto: según una tradición cabalística, *Hochmah*, la Sabiduría, es un principio femenino asimilado a la esposa de Dios, la *Shekinah*, y ella representa, por tanto, a la Madre. «Entonces, diréis, ¿dónde está ahora el Hijo?» El Hijo está unido a la Madre, son inseparables el uno del otro. ¿Cómo hablar de una madre sin pensar en su hijo, y cómo hablar de un hijo sin pensar en su madre? Encontramos una representación de esta idea en los cuadros de la Virgen con el Niño. ¡Cuántos pintores han representado a María llevando a Jesús en sus brazos o sobre sus rodillas! El Niño está en el centro y, según la forma en que miráis el cuadro, podéis verlo solamente a él, o bien captar el conjunto

del hijo y la madre. Pero, aunque no os fijéis más que en el hijo, la madre está allí.

Cuando adoptamos estas correspondencias, *Kether*, el Padre; *Hochmah*, la Madre y el Hijo, encontramos de nuevo a la Hija en *Binah*, y así toda la familia queda reconstituida. Diréis que es como para no entender nada... Al contrario, nada hay más claro ni más preciso, y esto es la Cábala viva. Pero únicamente se puede penetrar en este terreno con un pensamiento libre, desprendido. Sólo así obtendremos siempre nuevas riquezas para descubrir y profundizar.

Es muy importante comprender el significado de la Trinidad tal y como la Cábala puede aclararnos. Pero más importante todavía es el aprender a comulgar cada día con esta Trinidad a través de la vida, de la luz y del calor del sol. Esta es una ley que nunca cesaré de repetiros, porque es una base esencial de la vida espiritual: todo lo que existe abajo, en nuestro mundo físico, es a imagen de lo que existe arriba, en el mundo divino. La Santísima Trinidad no está ni en la luz, ni en el calor, ni en la vida del sol, está mucho más allá; pero a través de esta luz, de este calor y de esta vida, podemos acercarnos a ella, comulgar con ella y hacerla penetrar en nosotros para recibir todas sus bendiciones.

XI

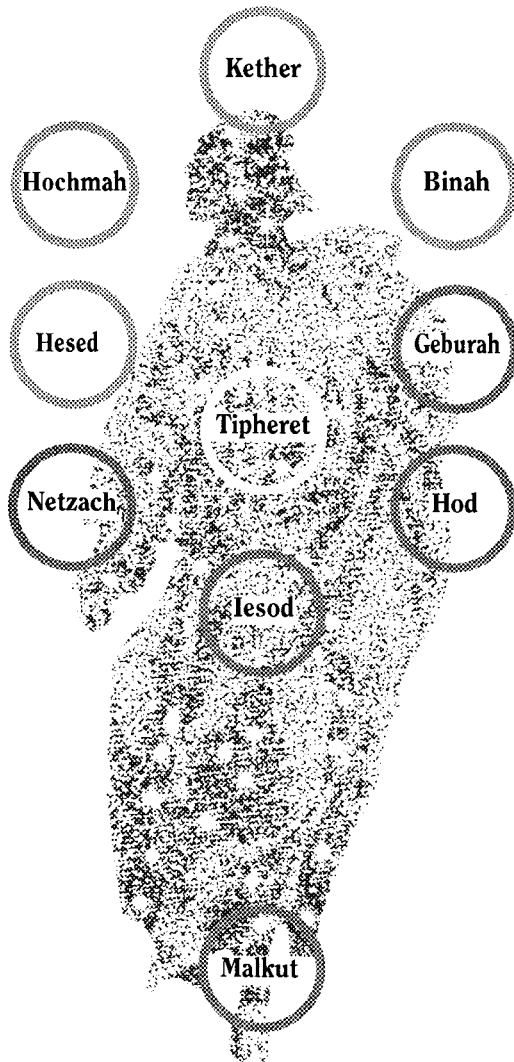
EL CUERPO DE ADAM KADMON

El Árbol de Vida es el universo que Dios habita e impregna con su existencia; representa la vida divina que circula a través de toda la creación. Por esto, como el ser humano ha sido creado a imagen de Dios, es también una imagen del universo. Claro, cuando observamos las manifestaciones de la mayoría de la gente, pensamos que el hombre no es gran cosa. Sí, el hombre no es nada, pero es también el universo entero, es Dios.

Nuestra inteligencia, que no puede concebir el mundo más que en tres dimensiones, es incapaz de captar al hombre en todos sus aspectos. Lo que vemos, tocamos y oímos de él, no es más que un aspecto muy limitado. Al hombre verdadero no lo conocemos, sólo conocemos sus envolturas. Igual que un buzo revestido con una escafandra, o el esquimal cubierto de pieles de animales, el hombre está revestido de varias pieles, y son éstas las que conocemos, más o menos.

Si sabemos, por así decirlo, despojarle de estas pieles, una tras otra, descubrimos un punto minúsculo, un átomo de luz. Sin embargo, al mismo tiempo, comprendemos que el hombre es inmensamente grande y que abarca al universo entero. Estas dos afirmaciones son ciertas al mismo tiempo, y esta verdad está simbolizada por el círculo con un punto en el centro, el signo del sol: el punto infinitamente pequeño, sin dimensión, y el círculo, infinitamente grande, que lo junta y unifica todo. A nosotros nos corresponde, ahora, buscar a este hombre, al verdadero, el que está en nosotros, el que está hecho a imagen de Dios.

Cuando la Cábala habla de la creación del hombre, no se trata de los seres humanos que somos nosotros, sino de Adam Kadmon, nombre que significa hombre (Adam) primordial (Kadmon). Adam Kadmon es el hombre cósmico cuyo cuerpo está formado por las constelaciones y los mundos. Este es el cuerpo de Adam Kadmon, el primer ser creado por Dios. Y Dios está más allá de todo el universo creado, está más allá de la séfira *Kether*. Es Adam que empieza en *Kether*. *Kether* es la cabeza de Adam Kadmon. *Hochmah* es su ojo derecho y la parte derecha de su cara. *Binah* es su ojo izquierdo y la parte izquierda de su cara. *Hesed* el brazo derecho, *Geburah* el brazo izquierdo, *Tipheret* el corazón y el plexo



Adam Kadmon

solar, *Netzach* la pierna derecha, *Hod* la pierna izquierda, *Iesod* el sexo y *Malkut* los pies. Adam Kadmon es el arquetipo de quien nosotros somos una célula, un reflejo. Podríamos establecer conexiones entre Adam Kadmon y la entidad a la que los cristianos llaman Cristo, a fin de mostrarnos las relaciones que existen entre ambos, pero temo perturbaros.

Todo lo que se puede decir con respecto al hombre es aproximado, igual que lo que se puede decir con respecto a Dios. Por eso nos vemos obligados a servirnos de imágenes, de símbolos, de analogías. Estudiando el Árbol sefirótico, que es un reflejo del universo, conoceremos las verdaderas dimensiones del hombre. E, inversamente, podemos tener una idea del universo sabiendo que el hombre ha sido creado a su imagen. Lo que quiere decir que, estudiando al hombre, su naturaleza, sus funciones, llegaremos a conocer el universo. Porque todo se refleja en el hombre. Para encontrar la solución de las cuestiones filosóficas más abstractas, basta con observar al hombre.

El hombre es una llave y está construido siguiendo la forma de una llave ♁. ¿Por qué los antiguos egipcios representaban a sus hierofantes con este símbolo en la mano? La llave es un resumen del hombre, y es con esta llave que el Iniciado puede abrir las 50 puertas de *Binah*, la

Madre cósmica, la materia primordial. Aquél que posee la llave consigue abrir las 50 puertas, es decir, conoce todas las propiedades de los números y de las entidades, así como todas las relaciones que pueden establecerse entre ellos. Sube y baja en la escala cósmica y toda la riqueza del universo creado por Dios está a su disposición, puesto que ha descubierto dentro de él la llave para abrir todas las puertas.

Cualquiera que sea su grado de evolución, el ser humano, creado a imagen de Dios, está habitado por un alma superior que toca el Cielo y que es una emanación de Dios mismo. Por eso, vuestra existencia sólo tendrá verdaderamente un sentido cuando entréis en contacto con este alma inmortal que es luz, armonía y poder. A través de esa alma comulgáis con el Creador, al mismo tiempo que con el universo que Él ha creado, porque ella misma es una quintaesencia de este universo. Y si pensáis en ella, si recurrís a ella más a menudo, si le habláis y os identificáis con ella, empezarán a comprender lo que es vuestro Yo verdadero. Entonces, vuestra conciencia se eleva, sus vibraciones se vuelven más intensas hasta el día en que se funde en la conciencia de este Alma sublime, y os hacéis uno con Dios.

El hombre tiene su origen en Dios y es Dios quien actúa y trabaja a través de él. Un día, el hombre volverá de nuevo a Dios, desaparecerá

en tanto que entidad personal y se fundirá en Dios. Claro que esta idea no les gustará a algunos que verán en ella un ataque a su libertad individual. Pero, lo quieran o no, la realidad es esa. Así que, lo más a menudo posible, en vez de perder vuestro tiempo en futilidades, en calentaros la cabeza con vuestras preocupaciones o vuestras quejas, pensad en esta alma que sois vosotros mismos, aunque todavía no del todo, porque no sabéis cómo alcanzarla. Repitiendo a menudo este ejercicio, sentiréis, poco a poco, que la paz y la alegría –sobre todo la alegría– os invaden.

Desde las piedras y las plantas hasta los Arcángeles y hasta Dios, todo cuanto existe en el universo, existe también en el hombre. En nuestro cuerpo físico mismo, todos los elementos de la creación están presentes. Nada falta, por lo que podemos progresar hasta el infinito sin detenernos nunca. Pero para eso debemos trabajar sobre nuestra propia materia, volverla flexible, transparente, y hacerla vibrar hasta que pueda expresar el mundo divino. De este modo es como un día nos manifestaremos en plenitud, tal como somos arriba.

Sin embargo, para guiarnos en nuestra vida espiritual e indicarnos el camino a seguir, necesitamos un método. Para mí, ya os lo he dicho, este método es el trabajo con el Árbol sefirótico. Por eso insisto siempre para que aprendáis a profun-

dizarlo en todos los aspectos. Con *Malkut*, concretizáis las cosas. Con *Iesod*, las purificáis. Con *Hod*, las comprendéis y las expresáis. Con *Netzach*, les dais la gracia. Con *Tipheret*, las ilumináis. Con *Geburah*, lucháis para defenderlas. Con *Hesed*, las sometéis al orden divino. Con *Binah*, les dais estabilidad. Con *Hochmah*, las hacéis entrar en la armonía universal. Finalmente, con *Kether*, imprimís en ellas el sello de eternidad.

Aprended a meditar sobre los diez sefirots, teniendo conciencia de que este Árbol de Vida está en vosotros, y que la única actividad que vale la pena es la de hacerlo crecer, florecer y fructificar. ¿Cuántos años, cuántas encarnaciones, incluso, serán necesarias antes que cada uno de vosotros se convierta realmente en este Árbol de Vida?... Esto no debe preocuparos. Quizá debáis volver miles de veces hasta que estos diez sefirots que están inscritos en vosotros, empiecen a vibrar y vuestro ser interior sea iluminado por todas las luces del Árbol de Vida.

XII

MALKUT, IESOD, HOD, TIPHERET:
LOS ARCÁNGELES Y LAS ESTACIONES

El paso de una estación a otra en el curso del año, se produce, lo sabéis, cuando el sol pasa por cuatro puntos cardinales, denominados solsticios y equinoccios. Estos son como nudos de fuerzas cósmicas, y en estos períodos, nuevas energías se vierten sobre la tierra. Pero aunque este ciclo se repita regularmente cada año, no por ello la renovación de estas fuerzas se efectúa automáticamente, mecánicamente. No, todos estos cambios son producidos por el trabajo de entidades que tienen la misión de ocuparse de las piedras, de las plantas, de los animales y de los hombres. Las cuatro estaciones están situadas bajo la influencia de cuatro arcángeles: *Raphaël* preside la primavera, *Uriel* el verano, *Mikhaël* el otoño, y *Gabriel* el invierno. Según la tradición, *Raphaël*, *Uriel*, *Mikhaël* y *Gabriel* forman parte de los «siete ángeles que están ante la gloria del Señor.»

Cuando se acerca el equinoccio de primavera, todos los espíritus y las fuerzas de la naturaleza trabajan, conducidos por *Raphaël*, para reanimar la vida por todas partes en el universo. Su acción más espectacular se realiza en el mundo vegetal, pero afecta también a los minerales, a los animales y a los humanos. Esta renovación de la vida en la naturaleza puede considerarse como sinónimo de regeneración para el hombre y, por tanto, de curación.

La única mención que se hace de *Raphaël* en las Escrituras, se encuentra en el Libro de Tobías. ¡Y es toda una aventura extraordinaria! Un día, el anciano Tobit, que se había vuelto ciego, recibió la visita de un joven que se presentó como Azarías, hijo de uno de sus parientes, y le propuso acompañar a su hijo Tobías hasta Media para recoger allí una suma de dinero que Tobit había dejado en depósito hacía más de veinte años. Tobit aceptó. Ya en camino, Azarías instruyó a Tobías y le dio consejos; incluso llegó a sugerirle que pidiera la mano de Sarra, la hija de un hombre que les había ofrecido hospitalidad. Sin embargo, una maldición pesaba sobre Sarra: se había casado siete veces, y cada vez, inmediatamente después de la ceremonia de la boda, el demonio Asmodeo hizo perecer a su marido. A fin de acabar con el maleficio, Azarías aconsejó a Tobías que fuese a pescar cierto pez, le quitara

el hígado y el corazón y que los quemara: ya que el humo haría huir al demonio. De este modo Tobías se casó, pues, con Sarra. Y el viaje continuó... Recuperado el dinero dejado en depósito, decidieron volver a la casa paterna. En el camino, Azarías le dice a Tobías: «Te garantizo que los ojos de tu padre se abrirán. Le aplicarás sobre el ojo hiel de pez: la droga morderá y le sacará de los ojos una pequeña piel blanca...» Tobías ejecutó las prescripciones devolviendo así la vista a su padre. Al final, cuando Tobías y su padre quisieron ofrecer regalos a este extraordinario joven que les había traído tantas bendiciones, *Raphaël* se dio a conocer: «Voy a deciros toda la verdad. Soy *Raphaël*, uno de los siete ángeles que están permanentemente dispuestos a penetrar en la gloria del Señor...», y desapareció. Es una historia muy bella. Os la he resumido rápidamente, pero merece ser leída enteramente.*

En la esfera de *Hod*, los cabalistas han situado al planeta Mercurio. Y, el dios Mercurio (Hermes, en la mitología griega), es el dios de los viajeros y de la salud y éste es exactamente el papel que jugó *Raphaël* con Tobías, a quien acompañó a lo largo de su viaje, instruyéndole en el arte de curar los males del cuerpo (la ceguera de su padre) y los males del alma (los ataques del

* El libro de Tobías sólo figura en la Biblia católica.

demonio). Y no es por casualidad que, todavía en nuestros días, el caduceo de Hermes sea el símbolo de los médicos.

La gran fiesta de la primavera es Pascua; en ella se celebra la resurrección de Cristo en toda la naturaleza, y debe ser también nuestra resurrección. Así pues, no basta con darse cuenta de que los pájaros cantan y los árboles se cubren de hojas; hay todo un trabajo a hacer, un trabajo de renovación. Cada mañana, al volver de la salida del sol, debéis pensar únicamente en esta renovación. Dejad pues a un lado todos los demás temas, todo cuanto ya es viejo y caduco, para recibir, por fin, la nueva vida, y poder entrar así en comunicación con esta gran corriente que viene del corazón del universo.

El verano está puesto bajo la influencia de *Uriel*, y este nombre posee un significado magnífico: «Dios es mi luz». Sin embargo, no encontramos ninguna mención de este arcángel en las Escrituras. Durante el verano, toda la naturaleza está en fuego, el aire mismo está abrasado, y el 24 de Junio, día de la fiesta de san Juan Bautista, en el momento del solsticio de verano, existe la tradición de encender hogueras y de celebrar con cantos y danzas la victoria del calor y de la luz. Pero la Iglesia no ha impulsado esta manera de celebrar San Juan, ya que recuerda los viejos ritos

paganos donde tanto hombres como mujeres cantaban, danzaban y bebían alrededor de una hoguera durante toda la noche, sucumbiendo inevitablemente bajo los efectos de la sensualidad y las orgías.

San Juan, que se sitúa en el momento en que el sol entra en Cáncer –signo dominado por Venus– no es, ciertamente, la fiesta del fuego espiritual sino la del fuego físico, terrestre. *Uriel* es el arcángel de *Malkut*, la esfera de la tierra, y el fuego sobre el cual reina, no es solamente aquel que hace madurar las mieses y las frutas de los árboles, sino el fuego interior del planeta que mantiene toda una materia en fusión en donde se elaboran los metales, los minerales y que se han asimilado al infierno.

En ciertas tradiciones, el verano es simbolizado por un dragón que escupe llamas. El dragón es, precisamente, este animal mítico que vive bajo la tierra, y que sólo sale a la superficie para quemar, devorar y destruir. Pero es, también, el guardián de todos los tesoros escondidos, de las piedras y los metales preciosos, de los frutos de la tierra, y para apoderarse de estos tesoros, hay que ser capaces de afrontarle y de vencerle. Aún hoy son narradas en forma de cuentos, numerosas tradiciones que celebran al héroe audaz y puro que fue capaz de vencer al dragón para apoderarse de sus tesoros. He ahí unos relatos sobre

los que el discípulo debe meditar: aunque el verano libere las fuerzas subterráneas, no por ello el discípulo debe dejarse devorar por el dragón.

Desgraciadamente, como en verano la mayoría de la gente disfruta de sus vacaciones, vemos que esta estación se ha convertido, cada vez más, en una época de liberación de los instintos, y sobre todo, de la pereza interior y de la sensualidad. Diréis: «Pero es normal, porque es la naturaleza misma la que les invita a ello.» Sí, la naturaleza inferior. Y éste es el momento para que comprendáis la importancia de los cinco planos con los que está constituida cada séfira. Si os quedáis en el nivel inferior de *Malkut*, la Tierra, evidentemente, seréis devorados por los instintos. Pero si hacéis un trabajo interior con el fin de elevaros en esta séfira y entrar así en relación con las Almas glorificadas, los *Ischim*, con el arcángel *Uriel* y con el Señor *Adonai Meled*, no sólo venceréis al dragón, sino que os podréis apoderar de sus tesoros, es decir, de las nuevas posibilidades espirituales que os proporcionará este trabajo para dominar así las fuerzas oscuras que os invaden.

El otoño está situado bajo la influencia de *Mikhaël*, el arcángel del Sol, en la séfira *Tipheret*. *Mikhaël* es el más célebre de todos los ángeles; su nombre significa : «¿Quién como

Dios?» La tradición iniciática cuenta que Lucifer era el más grande de los Arcángeles. Con su poder, empezó a creerse igual a Dios y hasta quiso destronarlo. Entonces, viendo esto, otro Arcángel se levantó y dijo: «¿Quién como Dios?» En hebreo: «Mi (quién) – ka (como) – El (Dios). Entonces, el Señor, que había visto la escena, le dijo: «De ahora en adelante te llamarán *Mikhaël* y serás el jefe de la milicia celestial.»

En el Antiguo Testamento, *Mikhaël* es el arcángel de todas las victorias sobre el mal. En el Nuevo Testamento, particularmente en el Apocalipsis, se dice que él es el quien en el fin de los tiempos fulminará al dragón. Una tradición relata que, cuando Moisés murió, el diablo quiso apoderarse de su cuerpo, y fue el arcángel *Mikhaël* quien se le opuso para arrancárselo. Numerosos cuadros e iconos lo representan también con una balanza en la mano, pesando, después de su muerte, los actos de los humanos: en un platillo se amontonan las malas acciones, y en el otro, las buenas. Mientras tanto, el diablo está ahí, dispuesto a arrastrar al hombre a su reino infernal, y está furioso, rechinando los dientes al ver que *Mikhaël* añade en el platillo una última buena acción que hará inclinar la balanza del lado del bien.

El comienzo del otoño coincide con la entrada del sol en Libra. El otoño es la estación de las cosechas. Se recolectan los frutos, se dese-

chan los malos y se guardan los buenos. «Reconoceréis a un hombre por sus frutos», decía Jesús. Y en cierta forma podemos decir que cada cosecha es un juicio. En la naturaleza, como en la vida, el otoño es la mejor estación, la estación de los frutos que han madurado bajo los rayos del sol cuyo arcángel es *Mikhaël*.

Por último, el invierno está bajo la influencia de *Gabriel*, el arcángel de *Iesod*, que es la séfira de la Luna. A la entrada del invierno celebramos la Navidad, el nacimiento de Cristo. Existen lazos estrechos entre el arcángel *Gabriel*, el nacimiento de los niños, la luna y el invierno.

Es *Gabriel* el que anuncia primero a Zacarías el nacimiento de un hijo que será Juan-Bautista. Después, anuncia a María el nacimiento de Jesús: «El ángel *Gabriel* fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre de la casa de David, llamado José. El nombre de la virgen era María. El ángel entró en el aposento y dijo: Yo te saludo a ti, a quien una gracia ha sido dada; el Señor está contigo. Turbada por estas palabras, María se preguntaba lo que podía significar un tal saludo. El ángel le dijo: No temas, María, porque has encontrado gracia delante de Dios. Y he ahí que estarás encinta y darás a luz a un hijo, y le pondrás el nombre de Jesús.»

Pero, ¿qué es un nacimiento? El tránsito de lo invisible a lo visible, de lo inmaterial a lo material, de lo abstracto a lo concreto. Y es la Luna, el principio femenino por excelencia, el que preside todas las formas de encarnación, tanto las del plano físico como las del plano espiritual. Durante el invierno, cuando las noches son más largas y la vida de la naturaleza se ralentiza, las condiciones son menos propicias para las manifestaciones exteriores y más favorables, por el contrario, para la vida interior: el hombre se ve impulsado a entrar en sí mismo para preparar el nacimiento de este niño de luz que, ciertas tradiciones han simbolizado con una perla. La perla, que viene del mar, tiene, como ésta, relaciones con la luna. En el Árbol sefirótico, la ostra perlífera es *Iesod* que, en el cuerpo cósmico representa los órganos genitales. Es ahí donde la perla debe formarse. Esta perla representa la quintaesencia del más puro amor. La ostra perlífera, es el principio femenino que da a luz una perla, el hijo.

Las cuatro estaciones están, pues, presididas por cuatro arcángeles. La primavera está bajo la influencia de *Raphaël*, el arcángel de *Hod*; el verano bajo la influencia de *Uriel*, el arcángel de *Malkut*; el otoño bajo la influencia de *Mikhaël*, el arcángel de *Tipheret*; y el invierno bajo la

influencia de *Gabriel*, el arcángel de *Iesod*. Situémoslos ahora en el Árbol sefirótico. Vemos, de abajo a arriba, *Malkut*: la Tierra; *Iesod*: la Luna; *Hod*: Mercurio; y *Tipheret*: el Sol, es decir, los cuatro elementos: la tierra, el agua (la Luna), el aire (Mercurio) y el fuego (el Sol). Conociendo todas estas correspondencias, podéis, ahora, trabajar con las cuatro estaciones y, así, el sentido de vuestra vida se irá enriqueciendo cada vez más.*

* Ver también en el tomo 32 de las Obras Completas, el Cap. XVII: «Las fiestas cardinales».

XIII

EL ÁRBOL SEFIRÓTICO,
SÍMBOLO DE LA SINARQUÍA

En el curso de la historia, los humanos no han cesado de hacer experiencias, más o menos logradas, para tratar de encontrar la mejor forma de gobierno: monarquía, república, oligarquía, etc. Ya os hablé de esta forma de gobierno llamada sinarquía, cuya idea fue popularizada en Occidente por las obras de Saint-Yves d'Alveydre. Tres personas, dice, se encuentran a la cabeza: representan la Autoridad, y dan sus directrices a siete personas que representan el Poder, y estas siete tienen bajo sus órdenes a otras doce personas que están encargadas de la Economía, es decir, de la producción y de la distribución de las riquezas.

En realidad, como ya os mostré,* mientras los humanos se limiten a establecer la sinarquía exteriormente, no podrán resolver realmente los

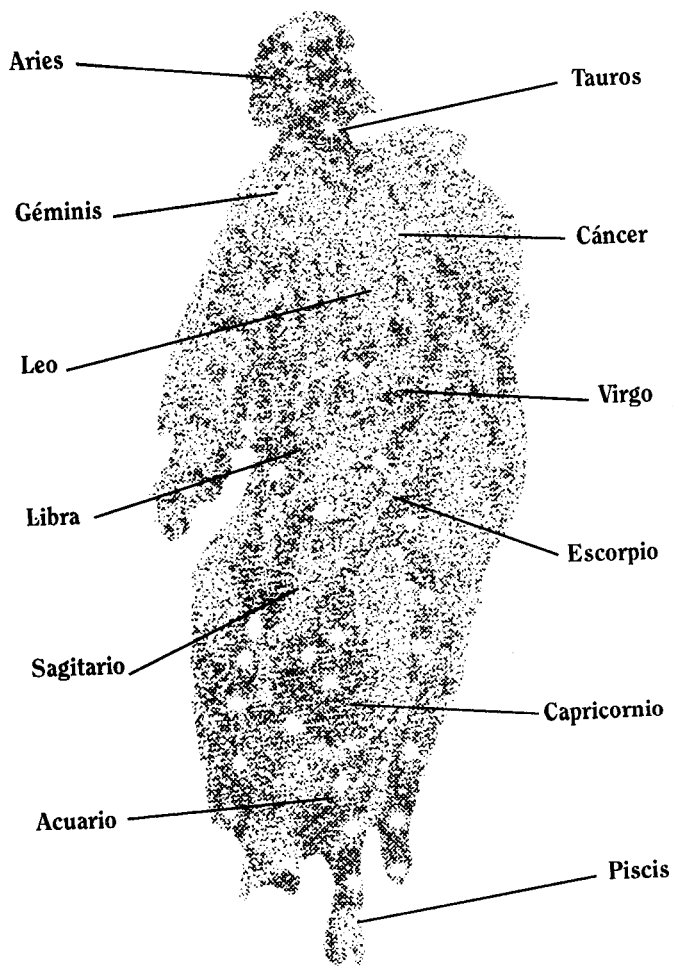
* Ver Tomo 31 de las Obras Completas, Cáp. IX «Jerarquía y libertad», 3ª parte.

problemas. Por el mero hecho de que hayan tres personas, y luego siete, y luego doce, al frente de un país o de una colectividad, ello no significa que los asuntos vayan a mejorar, porque estos tres, siete, o doce, pueden ser ambiciosos, deshonestos o insensatos, que llevarán, al igual que los demás, el país a la catástrofe. No son los números los que solucionan los asuntos, sino los humanos, lo que ellos son, las cualidades que poseen. Por eso, insisto, antes de querer instalar la sinarquía en el plano físico, cada uno debe trabajar para instalarla, primero, en sí mismo.

Diréis: «Pero, ¿qué significa instalar la sinarquía en sí mismo? ¿Cómo es ello posible?» Cada uno de vosotros posee un intelecto, un corazón y una voluntad. Por medio de vuestro intelecto, pensáis; a través de vuestro corazón, experimentáis sentimientos; y por medio de vuestra voluntad, actuáis. A través de estos tres factores os manifestáis en el mundo. Así, si lográis instalar la sabiduría en vuestro intelecto, el amor en vuestro corazón, y la fuerza en vuestra voluntad, realizáis en vosotros mismos esta trinidad que os hace semejantes a la Trinidad divina de la luz, del calor y de la vida, y os conectáis, así, con los sefirots *Kether*, *Hochmah* y *Binah*. Así es como llegáis a ser Autoridad, y reináis en vuestra propia existencia. Y os gobernáis manifestando las virtudes de los siete planetas, es decir, de los

siete sefirots: *Hesed* (Júpiter), *Geburah* (Marte), *Tipheret* (el Sol), *Netzach* (Venus), *Hod* (Mercurio), *Iesod* (la Luna) y *Malkut* (la Tierra). Estas son las siete cualidades que representan el Poder. Vosotros sois la Autoridad, y a través de vuestras cualidades y virtudes ejercéis vuestro poder. Sí, porque nuestras cualidades y virtudes son nuestros mejores sirvientes. Nuestros verdaderos servidores, nuestras verdaderas sirvientas, no son las personas que tomamos a nuestro servicio para satisfacer nuestros deseos, nuestras necesidades, o para facilitarnos la vida, sino las virtudes que hay en nosotros y que obedecen a la verdadera autoridad de *Kether*, *Hochmah* y *Binah*. Y estas virtudes son: la capacidad de realizar de *Malkut*, la pureza de *Iesod*, la inteligencia de *Hod*, la dulzura de *Netzach*, la belleza de *Tipheret*, la audacia de *Geburah* y la generosidad de *Hesed*. Estos siete servidores transmiten las órdenes de la Autoridad a los doce que se encargan, a su vez, de la Economía.

Y ¿en qué consiste la Economía en nosotros? Está representada por las doce partes del cuerpo físico con las que están relacionados los doce signos del zodiaco: la cabeza (Aries), el cuello (Tauro), los brazos y los pulmones (Géminis), el estómago (Cáncer), el corazón (Leo), el plexo solar (Virgo), los riñones (Libra), los órganos sexuales (Escorpio), los muslos (Sagitario), las



Aries

Tauros

Géminis

Cáncer

Leo

Virgo

Libra

Escorpio

Sagitario

Capricornio

Acuario

Piscis

rodillas (Capricornio), las pantorrillas (Acuario), y los pies (Piscis). De ese modo, las siete virtudes actúan sobre las diferentes partes del cuerpo para despertarlas y vivificarlas, de forma que la actividad de las miles de millones de células que lo constituyen, contribuyan a la armonía del conjunto. He ahí la verdadera sinarquía de la que hay que ocuparse: la sinarquía interior. En cuanto a la sinarquía como forma de gobierno de los humanos, ¿dónde encontrar, en cada país, a estas tres personas tan evolucionadas para situarlas al frente? ¿Y a los siete que sean realmente capaces no sólo de comprender las directrices dadas por las tres primeras, sino también de hacerlas ejecutar correctamente? Y aún suponiendo que encontrásemos a estas personas, ¿acaso serían aceptadas?...

Para instalar la paz y la armonía en el mundo, hay que empezar por el principio, por el hombre mismo. La verdadera sinarquía se instalará el día en que, cada uno de nosotros nos convirtamos en cabezas, en reyes de nuestro reino, de nuestro pueblo, y ante todo, de nuestros pensamientos, de nuestros sentimientos, y de nuestros actos. De lo contrario, no somos más que simples esclavos de nuestras debilidades y de nuestros vicios.

Como veis, también ahí el Árbol sefirótico nos da un método de trabajo, nos indica el ca-

mino a seguir, y nos ayuda a comprender lo que es la verdadera sinarquía y cómo realizarla.

XIV

**IESOD: LOS FUNDAMENTOS
DE LA VIDA ESPIRITUAL**

I

¡Cuántos han venido a mí, esperando obtener los medios para desarrollar fácilmente las facultades psíquicas, para obtener poderes mágicos, etc.! Y cuando yo les decía que el único método eficaz para desarrollar estas facultades y obtener estos poderes era purificarse, hacer toda una limpieza interior, se alejaban de mí, ¡y con qué desprecio! Lo que yo les decía les parecía, evidentemente, demasiado pueril. Y se marchaban a otra parte, seguros de que acabarían encontrando lo que buscaban. Evidentemente, encontraban algo, ¿pero qué? Mejor no hablar. Por eso, vosotros, por lo menos, tratad de comprender que la pureza es el medio más eficaz para lograr verdaderas realizaciones espirituales. Porque, una vez que el terreno está despejado, la vía queda libre para las corrientes celestiales: éstas ya no encuentran obstáculos para llegar hasta vosotros y daros todo lo que pedís.

Desgraciadamente, la mayoría de quienes se interesan por la espiritualidad, suponen que las satisfacciones y los éxitos que no han podido obtener con otros medios, se los dará una enseñanza iniciática. No, no es así, y si tratan de lograr sus fines utilizando las ciencias ocultas, lo pagarán muy caro. Si al menos consiguiese haceros comprender esto, consideraría que ya he cumplido con gran parte de mi tarea.

Durante un año realicé todo un ciclo de conferencias sobre la pureza tomando como punto de partida la séfira *Iesod*, a fin de mostraros cuán amplio y vasto es este tema; alcanza aspectos a los que no se está acostumbrado a pensar.* Todo el mundo conoce los inconvenientes que suponen las cañerías obstruídas, los cristales sucios, las gafas manchadas. Pero muy pocos piensan que ellos propician los mismos inconvenientes en su interior: pensamientos, sentimientos, deseos, que son como manchas, como polvo, como desechos que obstruyen los canales espirituales, que impiden que la luz divina llegue hasta ellos y los penetre. No podéis emprender en la vida espiritual nada que sea sólido, seguro, sin haber trabajado previamente con la pureza.

Pero no creáis que si insisto tanto en la pureza, es porque hay que detenerse exclusivamente

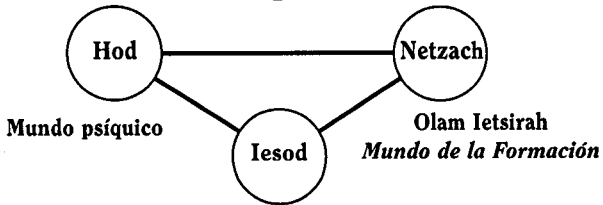
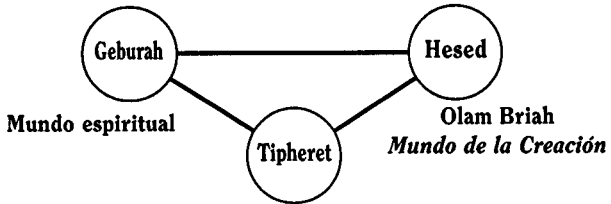
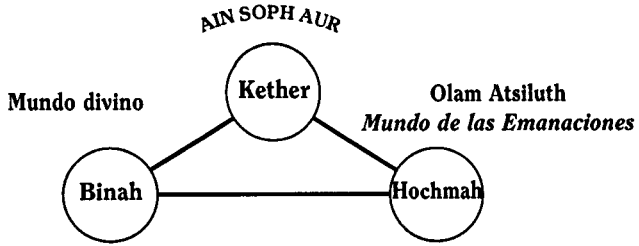
* Ver «Los Misterios de Iesod», Obras completas, Tomo 7.

en ella sin buscar nada más allá. No, insisto porque la pureza es la base – esto es lo que significa el nombre de *Iesod*: base, fundamento. – Y el papel que juega una base es el de soportar todo el edificio. En el Árbol de Vida están todos los demás sefirots que representan las virtudes con las que el discípulo debe aprender a trabajar, pero el trabajo con *Iesod*, la base, representa las condiciones que hay que cumplir para poder empezar a instruirse y crear en el mundo espiritual.

¿Por qué la séfira *Iesod* representa la base de la vida espiritual? Porque con ella empieza el mundo psíquico. Lo vimos cuando estudiamos las cuatro divisiones del Árbol sefirótico:

- *Atsiluth*: los sefirots *Kether*, *Hochmah*, *Binah*, que corresponden al mundo divino.
- *Briah*: los sefirots *Hesed*, *Geburah*, *Tipheret*, que corresponden al mundo espiritual.
- *Ietsirah*: los sefirots *Hod*, *Netzach* y *Iesod*, que corresponden al mundo psíquico.
- *Asiah*: *Malkut*, que corresponde al mundo físico.

En cuanto abandonamos *Malkut*, el mundo físico, entramos en el mundo psíquico cuya primera etapa es *Iesod*. Como todos los otros sefirots, *Iesod* está jerarquizado y su parte inferior corresponde a la Luna que en psicología representa el mundo del inconsciente, de los instintos, de la imaginación, de las ilusiones. Es pues esen-



Árbol sefirótico

cial que el hombre se haga dueño de este mundo para introducir orden y claridad en él. Y eso es lo que significa purificarse. Sí, purificarse es, en primer lugar, ser capaces de discernir la naturaleza de los movimientos de nuestra vida interior, de analizar nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, nuestros deseos, nuestros proyectos, y trabajar para hacerlos más desinteresados, más generosos.

A pesar de estas explicaciones, sé muy bien que muchos no querrán oírlos: argumentarán para justificarse, que pureza significa estrechez, limitaciones, fanatismo, y hasta exclusión... que en nombre de la pureza han perseguido, asesinado y quemado, ¿Ah sí? Muy bien, pero en nombre del amor también se han cometido los crímenes más espantosos, y ¿acaso esto les impide pronunciar la palabra amor y seguir amando?... ¡Veis qué deshonestidad! Encontrarán todos los motivos para evitar los esfuerzos. Con el pretexto de que a menudo la noción de pureza ha sido mal comprendida, seguirán chapoteando en las inmundicias. Son libres, pero un día verán los efectos de esta forma errónea de pensar.

Aquellos que no han aprendido a trabajar con *Iesod*, continuarán chapoteando en el mundo psíquico sin llegar a conocer nunca la realidad del mundo espiritual. Incluso si, como a veces sucede, poseen verdaderos dones psíquicos, que

sepan que eso no basta. Hay que comprender, de una vez por todas, que el mundo psíquico no es el mundo espiritual, y que no basta con tener un don psíquico para ejercitarlo correctamente. Los músicos, los pintores más dotados, no conseguirán nada si no se someten a una disciplina, si no estudian bajo la dirección de un maestro. Un don artístico debe ser cultivado, como también deben ser cultivados los dones psíquicos. Aquél que posee tales dones, debe trabajar sobre la única cualidad que le permita ver con claridad y ejercitar influencias benéficas: la pureza. Y en este caso preciso, la pureza significa no sólo lucidez, sino también honestidad, desinterés, conciencia de las responsabilidades.

Sin embargo, ¿qué es lo que sucede generalmente? Resulta que una persona tiene sueños premonitorios y siente que él mismo o que ciertas personas están en peligro, o ve que un acontecimiento va a producirse. Y entonces, muy contento de descubrir que tiene un don que provoca la admiración de su entorno, se proclama clarividente, abre un consultorio, y muchos, que están inquietos por sí mismos o por su familia, van a consultarle. Y así, poco a poco, este nuevo clarividente empieza a revelar todos los días «mensajes del Cielo». ¿Acaso se le ocurre pensar, de vez en cuando, si está verdaderamente a la altura de sus pretensiones? No; puesto que ha tenido algu-

nos sueños premonitorios, algunas buenas intuiciones, se imagina que ya está capacitado para dar respuesta en cualquier momento, a todas las preguntas y que además no se equivoca nunca. Pues bien, no, desgraciadamente no; y aquél que quiera verdaderamente desarrollar dones de clarividencia, debe trabajar cada día con una gran vigilancia sobre su mundo psíquico, porque, si no, acabará con un desorden interior inextricable, se engañará a sí mismo y engañará a los demás. Muchos que se han embarcado sin preparación, sin precaución, en la vía de la mediumnidad, han acabado perdiendo la cabeza.*

Por eso, tanto la gente sensata como los científicos, no quieren oír hablar siquiera de las facultades y de los poderes psíquicos: porque inmediatamente piensan en este tipo de charlatanes y desequilibrados. Si bien tienen razón en no querer aceptar cualquier cosa, no deben, sin embargo, detenerse ante estas manifestaciones, negándose a ir más lejos a fin de estudiar y comprender el campo de la vida psíquica. Porque de este modo limitan sus reflexiones, sus investigaciones, y con el pretexto de mostrarse racionales y objetivos, se detienen en la apariencia de las cosas. Existen en la actualidad algunos científicos serios que se interesan por los fenómenos

* Ver también: «Mirada al más allá». Colección Izvor, nº 218.

llamados «parapsíquicos» aunque la mayoría aún no lo diga por miedo a perder la consideración de sus colegas. Lo mismo sucede con los sacerdotes y los pastores que creen en la reencarnación, pero que no lo dicen porque la reencarnación no está admitida por la Iglesia y no quieren tener problemas. Pues bien, yo les reprocho a estos científicos y a estos clérigos la falta de sentido de sus responsabilidades, porque dejan en la oscuridad a los humanos que buscan y que corren peligro de extraviarse.

Nada podrá ahora impedir a la gente el deseo de buscar otra cosa distinta a lo que les propone la ciencia y las Iglesias oficiales, pero corren el gran peligro de extraviarse en las regiones inferiores de Iesod. Es por ello que deben adquirir una buena comprensión de la pureza, porque ella es la llave de la vida espiritual.

Cuando trabajáis realmente, profundamente, a fin de purificaros, la luz penetra más fácilmente en vosotros, y empezáis a ver con mayor claridad, a ser más lúcidos. Las partículas enfermizas que perjudican vuestra salud son expulsadas, y os encontráis mejor. Las que obstaculizan vuestra voluntad son rechazadas, y os reforzáis. Todo lo tenebroso y oscuro os abandona, y si estabais tristes, la alegría os invade. Porque la alegría no es otra cosa que un aspecto de la pureza: cuanto más nos purificamos, más ligeros nos sentimos,

más alegres y gozosos. Y puesto que la impureza conlleva la fermentación, la putrefacción, la dislocación y la muerte, cuanto más nos purificamos, por el contrario, más caminamos hacia la inmortalidad. Así pues, la salud, el poder, el saber, la felicidad, la inmortalidad, no son otra cosa sino aspectos diferentes de la pureza. Ahí tenéis un resumen de la Ciencia iniciática; a vosotros os corresponde ahora verificarlo.

II

En el pilar central del Árbol sefirótico, *Iesod* se encuentra encima de *Malkut*, y *Tipheret* encima de *Iesod*. De esta disposición podemos deducir que, para descender hasta *Malkut* (la Tierra), la luz de *Tipheret* (el Sol) debe pasar por *Iesod* (la Luna). Aquí, *Malkut* representa simbólicamente el mundo físico, *Iesod* el mundo psíquico y *Tipheret* el mundo espiritual. Entonces ¿qué sucederá, pues, si el mundo psíquico no está en un estado de pureza que le permita ser atravesado por la luz del mundo espiritual?...

Desgraciadamente, esto es lo que les sucede a mucha gente: se quejan de que no sienten beneficio alguno de sus prácticas espirituales; rezan, meditan, se unen al Cielo, pero tienen la impresión de que todo esto no les ayuda; se sienten indecisos, desorientados, débiles; a veces, incluso, piensan que su situación es peor que antes. Es, simplemente, porque esta luz con la que se esfuerzan por conectarse encuentra en ellos capas

impuras formadas por sus pensamientos y sus sentimientos desordenados, mal dominados. Y, así, no sólo no pasa la luz, sino que produce exactamente el mismo fenómeno que cuando los rayos del sol caen sobre un montón de inmun-dicias: aceleran la putrefacción.

A través de un cristal transparente, los rayos del sol nos iluminan, pero cuando deben atravesar capas de impurezas, producen fermentaciones acompañadas de olores nauseabundos. Si queréis convertirnos en un buen receptáculo de la luz divina, que vuestro corazón sea como un cristal transparente, si no, ya sabéis ahora lo que os espera. Mientras no os decidáis a realizar un verdadero trabajo de depuración, de purificación, es mejor que no os acerquéis a la luz de la Ciencia iniciática. Os prevengo, porque será inútil después hacerla responsable de los trastornos que vais a padecer. La culpa será vuestra, exclusivamente vuestra.

Cuando hayáis empezado, verdaderamente, el trabajo con *Iesod*, la luz de *Tipheret* circulará en vosotros, y esta luz es la que os permitirá comprender la realidad de las cosas y orientaros correctamente. Mientras no poseáis esta luz interior, os veréis obligados a recurrir a otros, dependeréis de ellos para la conducción de vuestra vida; y como ni siquiera es seguro que sus ideas y sus juicios puedan verdaderamente

iluminaros, vuestras opiniones serán contradictorias.

La verdadera riqueza consiste en llegar a poseer esta luz que os permita descubrir la verdad por vosotros mismos, sin tener siempre la necesidad de consultar a los demás. Os preguntaréis: «¿Y sin tener necesidad siquiera de consultar a un Maestro, a un Iniciado?» Sí, ¿por qué no? Si sois capaces de igualarles, o incluso de superarle, ¿por qué no? Será largo, desde luego, será difícil, pero la Inteligencia cósmica no ha escrito en ninguna parte que debáis seguir siendo siempre limitados, dependientes. Nunca le ha sido prohibido a ningún discípulo igualar a su Maestro, e incluso superarle. La vía está abierta para vosotros, y hasta quizá sea ésta la única vía que os esté abierta verdaderamente. Nadie puede impedir os de progresar en la luz. Si no, ¿por qué habría dicho Jesús: «Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto»?

Para recorrer la región de *Iesod*, más que para cualquier otra, el discípulo tiene necesidad de un guía. Pero una vez que ha sobrepasado *Iesod*, el camino está libre y puede avanzar sólo porque ya ha llegado a las regiones de la luz que da la verdadera clarividencia.

No hay que engañarse, la verdadera clarividencia es la que permite ver la realidad del mundo espiritual, es decir, de captar, de comprender

lo más sutil que existe en la naturaleza y en el alma humana. La otra clarividencia, aquella que ve los acontecimientos pasados o los venideros, o los espíritus del mundo astral, no tiene nada de extraordinario. Casi todo el mundo puede adquirirla mediante ciertos ejercicios, o absorbiendo drogas; pero estos medios no llevan muy lejos, y presentan, incluso, grandes peligros para el psiquismo. La única clarividencia que hay que buscar es la que puede hacer de vosotros un prisma de cristal que deja pasar la luz del Cielo. Esta clarividencia es la que hablaba Jesús cuando decía: «Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios.»

En la séfira *Iesod*, Dios es llamado *El Hai*, es decir, Dios vivo. En *Iesod*, Dios se manifiesta, pues, como creador y distribuidor de la vida, pero de la vida más pura, de la que viene de arriba, de la Fuente, de esta vida que brota y que lo limpia y purifica todo a su paso, porque el primer trabajo de la vida es, precisamente, rechazar los elementos impuros que se oponen a su impulso.

Y como Dios está presente en todos los sefirots «ver a Dios» también significa recibir las bendiciones de todos los sefirots, es decir, la ciencia de *Hod*, la gracia de *Netzach*, los esplendores de *Tipheret*, la fuerza de *Geburah*, la generosidad de *Hesed*, la estabilidad de *Binah*, la sabiduría de *Hochmah* y, finalmente, la omnipoten-

cia de *Kether*. Cada séfira corresponde a una virtud divina y podéis trabajar con una, o con otra, pero siendo siempre conscientes de que no llegaréis a nada si no habéis trabajado primero con *Iesod*. Todos aquellos que quieren obtener las cualidades y poderes de los demás sefirots sin realizar previamente un trabajo con *Iesod*, son, de todas formas, detenidos y se estancan en las ciénagas del plano astral en donde sólo encuentran ilusiones, decepciones y tormentos.

Así que, decidiros a poner la pureza en la base de vuestra existencia antes que el saber, antes que la riqueza, antes que el poder, y un día tendréis más que este saber, más que esta riqueza, más que estos poderes. Han existido en la historia hombres y mujeres que jamás habían leído un libro, que nunca habían estudiado, y que sin embargo trabajaban solamente con la pureza, hasta que un día empezaron a manifestar todas las demás cualidades: la sabiduría, la clarividencia, el poder de curar... Porque ya no había en ellos capas opacas, ni pantallas, y todas las riquezas del Cielo podían penetrarles.

Iesod es el principio de la vida psíquica y, en este sentido podemos afirmar que la magia empieza con la séfira *Iesod*. La verdadera magia está en nuestros pensamientos, en nuestros sentimientos. No tenemos necesidad de varitas, de pentáculos o de talismanes, todos nuestros

poderes mágicos están en el poder de la vida psíquica; por eso, la Luna, que pertenece a la esfera de *Iesod*, es el astro de la magia. El que quiera poseer la verdadera fuerza mágica, debe empezar por purificar su mundo psíquico. Hay que comprender la pureza como la fuerza mágica más grande, porque a través de *Iesod* accedemos a los Misterios.

XV

BINAH

I

LAS LEYES DEL DESTINO

Binah es la primera séfira del pilar izquierdo del Árbol sefirótico, el Pilar del Rigor, llamado Boaz, que representa el principio femenino en la creación. Dios se manifiesta en él bajo el nombre de *Jehovah*. Él es el Dios terrible que se reveló a Moisés. Todo el Antiguo Testamento retumba bajo su cólera, sus amenazas y sus maldiciones, azotando a los humanos hasta la cuarta generación. Y este es precisamente el fuego devorador al que los hebreos ofrecían sacrificios de animales sin cesar con el fin de apaciguarle; y Moisés, lo mismo que todos los patriarcas y los profetas, le dirigía súplicas para alejar los castigos con los que amenazaba al pueblo.

Os preguntaréis: «Pero, ¿cómo puede ser este Dios tan terrible un poder femenino?» Porque este poder femenino es la naturaleza. Comprenderéis mejor esta idea si reflexionáis sobre lo que

es, realmente, la naturaleza: ¡una madre implacable! La naturaleza ha creado unas leyes que, si las transgredís, sois castigados de una forma o de otra; e incluso, por vía de la consecuencia, este castigo repercutirá sobre vuestros hijos y vuestros nietos. Sí, en realidad todo eso es muy fácil de comprender. Tomemos un ejemplo por todos conocido: el alcoholismo. Para conservar su salud física y psíquica, el hombre no debe absorber más de una cantidad limitada de alcohol. Si sobrepasa la medida, conocéis las consecuencias –es inútil que entre en detalles–, y transmite a su descendencia una herencia gravosa. Lo mismo sucede con respecto a otros excesos, a otras transgresiones.

Haga lo que haga, cualquiera que sea el progreso de la ciencia y de las técnicas médicas, si el hombre no es razonable, si no respeta ciertas leyes, de una forma o de otra sufrirá y hará sufrir a los demás. ¡Cuántos se han indignado por la crueldad de un Dios que castigaba, no sólo a quién había transgredido sus leyes, sino también a su descendencia! Pues bien, ahora está claro: este Dios es la naturaleza, porque la naturaleza no está fuera de Dios, no está separada de Dios. Dios es esta madre severa que pone límites a sus hijos para que no los sobrepase. Si los sobrepasan, decimos que les castiga. Pero no, son ellos los que han salido del recinto en donde estaban

resguardados y protegidos, y al salir de él, se han creado malas condiciones para sí mismos y para todos aquellos que dependían de ellos.

Quizá se diga: «Pero esta imagen de la madre que Vd. nos da, no es la que nosotros tenemos. Al contrario, una madre es amante, indulgente, etc.; la severidad proviene del padre.» No habéis observado ni reflexionado bien. ¿Cuál es el papel de la madre con respecto al hijo? Lo alimenta, desde luego, pero, en cuanto le es posible, le enseña lo que debe hacer y lo que no debe hacer para desenvolverse correctamente: le da reglas de nutrición, de higiene, de prudencia; le priva, le retiene, le impide que se acerque demasiado al fuego o al agua, le quita de las manos las cerillas y los objetos cortantes, le esconde los bombones y la mermelada, si abusa de ellos. A veces le deja hacer algo, pero vigilándole; y si se cae y se hace daño, le dice: «¿Ves? Procura que no suceda otra vez, porque, si no, te harás daño de nuevo.» Y cuando verdaderamente el niño exagera y se comporta caprichosamente, ella lo castiga.

Este papel de la madre en relación a su hijo, es, en otro plano, el de la naturaleza con respecto al ser humano. Algunos dirán: «Pero yo he visto que eran los padres los que cumplían este papel, porque las madres...» Yo también lo he visto, pero aquí os hablo de principios y no de casos particulares. En cuanto a principios, es la madre

la que juega el papel de la naturaleza en la educación del pequeño. He ahí cómo hay que comprender el papel de la Madre cósmica que se manifiesta en la séfira *Binah* bajo el aspecto de *Jehovah*.

La séfira *Binah* es la que nos revela los misterios del destino, porque nos instruye sobre la ley de las causas y efectos. ¡Cuánta gente piensa que la existencia es absurda, que no existe ninguna lógica entre los acontecimientos y el destino de los seres! Y esto ocurre, únicamente, porque carecen de los elementos necesarios para ver y comprender. Estos elementos están en *Binah*, en donde trabaja la jerarquía angélica de los *Aralim* (los Tronos) que san Juan vio bajo la forma de veinticuatro Ancianos. También se les llama «Señores de los destinos» porque son ellos los que determinan el destino de cada ser, según sus méritos, según la vida que ha llevado en sus encarnaciones precedentes, y es por esto que sus decretos son ejecutados por los ángeles de los sefirot siguientes: los ángeles de *Hesed*, los *Hachmalim*, que aportan las recompensas, y los ángeles de *Geburah*, los *Seraphim*, que otorgan los castigos.

¿Qué es el destino? Una forma arquetípica, y cada uno vive su existencia en función de la «forma» que ha recibido del destino. Y los Veinticuatro Ancianos son quienes deciden estas

formas. Los Veinticuatro Ancianos representan el tribunal divino que dicta los decretos que conciernen a las formas de los destinos, y las formas físicas que vemos en la tierra son el reflejo lejano de las formas que han sido decretadas arriba. Una de estas formas arquetípicas es proyectada en la mujer encinta, y es a partir de esta forma que ella deberá trabajar. Una vez que las formas han sido decretadas, se acabó, ya nada puede cambiarlas, descienden a la materia para realizarse en ella.

Para poder cambiar el destino es necesario, por tanto, cambiar los arquetipos; si no, no hay nada que hacer. Por mucho que vayáis a consultar a los astrólogos para poder tomar precauciones y escapar así a las pruebas y a las dificultades, no hay nada a hacer, todo está previsto para que «cuanto está escrito» se cumpla. Para cambiar los decretos sería preciso poder alcanzar las regiones que hay más allá de *Binah*, es decir, más allá del destino, las regiones de *Hochmah* y de *Kether*. Ello es posible, han existido seres excepcionales cuyas virtudes les liberaron de las leyes del destino. Pero ¡qué trabajo antes de conseguirlo! Para nosotros, el único medio de conciliarnos con los Señores de los destinos, es aceptar sus decretos con humildad y amor sabiendo que son justos porque son la consecuencia de nuestras encarnaciones pasadas. Lo más sabio es considerar las dificultades y las pruebas de esta

existencia como problemas a resolver, sabiendo que estos representan para nosotros el mejor medio de evolucionar.

El carácter inflexible de *Binah* lo descubrimos de nuevo en el simbolismo de Saturno que es representado como un anciano o a veces, incluso, como un esqueleto armado con una hoz. La hoz de Saturno es el tiempo que lo destruye todo y, el esqueleto es lo que resiste al tiempo: la eternidad. Saturno representa, pues, los dos aspectos. Más allá de la carne – es decir, del mundo de las apariencias que el tiempo (la hoz) no cesa de destruir –, se encuentra el esqueleto indestructible: la eternidad. Pero, ¡cuántas reflexiones, cuántas meditaciones para llegar a esta comprensión de las cosas que permite pasar del tiempo a la eternidad!

Saturno habla poco y escucha mucho porque saber escuchar y oír, va unido a la comprensión. Por otra parte, este es el sentido de la palabra «entendimiento». Aquél que sabe escuchar, está siempre en el camino de la comprensión. Podemos decir que el entendimiento es la comprensión de lo que escuchamos. La cualidad de Saturno es saber escuchar, y no solamente escuchar lo que nos dicen los sabios o los ruidos de la naturaleza, sino percibir algo más: la voz interior. Entonces todo lo más sutil, todo lo que proviene de la profundidad del ser, la voz de la

intuición, la voz de Dios, la voz del silencio, como se dice, llega hasta nosotros. He ahí por qué a los verdaderos saturninos les gusta alejarse del ruido para ir a los lugares solitarios a escuchar la voz del silencio, la que les permite liberarse de las leyes del tiempo para entrar en la eternidad.

II

EL TERRITORIO DE LA ESTABILIDAD

Incluso para aquellos que han aceptado la vida espiritual, resulta difícil alcanzar un nivel de conciencia superior, y sobre todo, mantenerse en él. Un día consiguen una victoria, y al día siguiente se abandonan... Es casi imposible conseguir algo estable, definitivo. La estabilidad es la cumbre de la Iniciación, el momento en el que el discípulo puede al fin decir, como el hierofante del antiguo Egipto: «Soy estable, hijo de estable, concebido y engendrado en el territorio de la estabilidad.» El territorio de la estabilidad es *Binah*, la región de los Veinticuatro Ancianos.

¿En qué consiste la estabilidad? En no vacilar ante el mal. Y para evitarlo, hay que escapar de él elevándose hasta las regiones en las que éste ya no puede hacer mella. Diréis: «Pero ¿existen

estas regiones?» Sí, existen, existen dentro de vosotros mismos, igual que existen en el universo. Sólo que no os habéis dado cuenta porque no estáis demasiado acostumbrados a observaros. ¿Nunca os habéis sorprendido al constatar que ciertos acontecimientos que, en un momento dado, os habían entristecido, desanimado, si se reproducen en otras circunstancias ya no os afectan? ¿Por qué? ¿Acaso habéis perdido la sensibilidad? No, es que habéis logrado elevaros hasta un nivel de conciencia en el que ya no os alcanzan. Esto es la prueba, por tanto, de que hay regiones en el hombre en donde el mal no puede hacer mella.

En la Cábala se dice que la serpiente puede subir hasta ciertos sefirots, pero que nunca puede alcanzar esta región formada por los tres sefirots *Kether, Hochmah* y *Binah*. Y puesto que nosotros hemos sido creados a imagen del universo, existe también dentro de nosotros una región en donde el mal ya no encuentra condiciones de existencia favorables. En las regiones sublimes de nuestro ser y del universo reinan una luz tal, una intensidad de vibraciones tal, que todo lo que no está en armonía con esta pureza, con esta luz, es disgregado. El mal no tiene ningún derecho a existir en las regiones sutiles, es rechazado; sólo puede existir en las regiones inferiores por las que se pasea, causa destrozos y hace que la gente

se sienta desgraciada: porque en las capas inferiores de la materia, todas las condiciones le son favorables. Así pues, según la región en la que os encontréis, seréis, o no, alcanzados por el mal. Esto es lo que nos enseña la Iniciación. Y esto es lo que, de otra forma, Jesús quiso expresar cuando dijo: «Construid vuestra casa sobre la roca.» La roca es, simbólicamente, esta región interior que la filosofía hindú llama el plano causal, y que se sitúa más allá de los planos astral y mental, es decir, más allá de los pensamientos y los sentimientos ordinarios.

Los Veinticuatro Ancianos del Apocalipsis, de los que nos habla san Juan, («Y vi veinticuatro tronos, y sobre estos tronos a veinticuatro Ancianos sentados, revestidos de vestiduras blancas») están instalados sobre rocas inquebrantables. La estabilidad es la esencia de Dios mismo. Dios es, por esencia, inmutable, inmutable en su amor, en su sabiduría y en su poder.

Si queréis acercaros a esta estabilidad de los Veinticuatro Ancianos, no abandonéis jamás vuestro alto ideal. Una vez que habéis decidido caminar por el camino de la luz, suceda lo que suceda, mantened siempre esta orientación. Para todo lo demás, podéis cambiar, pero no abandonéis nunca vuestra orientación divina. Comprended bien esto: estabilidad no significa inmovilidad. Si encontráis a un Maestro verdadero,

nunca lo veréis petrificado como un ídolo esperando que le besen las manos o los pies. Al contrario, se desplaza, e incluso aún más que los demás, para visitar a aquellos que lo necesitan, para instruirles, para curarles. Pero, interiormente, en sus convicciones, permanece estable, y nadie puede seducirle ni con riquezas, ni con honores.

Ser estable es ser fiel a sus compromisos y proseguir el camino, a pesar de todo. Y esto es difícil, más difícil que ser gentil, servicial, amable, generoso o animoso. Cuando nos encontramos en buenas condiciones, nos comprometemos, hacemos promesas, pero unos días después cambiamos de estado de ánimo y ni siquiera nos acordamos ya de lo que prometimos. Pues bien, no es así cómo obtendremos el acceso al verdadero poder de la región de *Binah*.

La verdad es que los humanos no son muy amantes de oír hablar de fidelidad, de estabilidad. ¡Qué aburrido! ¡Qué difícil! Pues bien, sabed que esta manera de pensar hará que estas virtudes sean más aburridas y más difíciles de realizar. De vosotros depende tener tal o cual cualidad. ¿Por qué? Porque sois vosotros quienes al no amar una cosa, impedís atraerla. No os gusta ser fieles, os gusta el cambio, entonces, ¿cómo queréis que la estabilidad se instale en vosotros? Cuando lo analizo, constato que son los propios humanos

los que rechazan tal o cual virtud: porque no la aman. Para atraer una cosa, ¡hay que amarla! ¡Aquí está la magia! Antes de intentar obtener cualquier cosa, procurad primero amarla, porque de lo contrario, hagáis lo que hagáis, nunca lo conseguiréis. ¡Es esencial conocer esta ley!

Así pues, procurad tener amor por la estabilidad. Procurad ser más fieles para con vuestro ideal, no lo traicionéis nunca bajo ningún pretexto porque si no, perderéis la confianza de todos los grandes Espíritus que os observan. Dejarán de amaros, ya no os apreciarán ni os apoyarán. Y limitados a vuestros propios recursos, no podréis realizar gran cosa. Nos puede gustar el cambio, no está prohibido cambiar de actividad, pero no hay que cambiar de dirección, no hay que abandonar el alto ideal. Podemos querer la diversidad exterior, pero debemos mantener la unidad interior.*

* Ver Izvor nº 235 «En espíritu y en verdad», Cáp. V: «De la multiplicidad a la unidad».

XVI

HOCHMAH: EL VERBO CREADOR

«Al principio era el Verbo...» Esta primera frase del Evangelio de san Juan ha suscitado numerosos comentarios. Evidentemente, resulta imposible representarse exactamente lo que significa decir que Dios creó el mundo con el Verbo. Pero, puesto que lo de abajo es como lo de arriba, puesto que hemos sido creados a imagen de Dios y del universo, podemos tener algunas nociones de lo que son los poderes del Verbo estudiando lo que son para nosotros los poderes de la palabra: la palabra pronunciada (los sonidos), y la palabra escrita (las letras).

Un general da una orden de ataque. Grita: «¡Fuego!» y en unos minutos ya no queda nada de lo que era una magnífica ciudad. Él mismo no ha hecho nada, sólo ha pronunciado una palabra; pero ¡qué poder contenía esa palabra! O bien, un

hombre o una mujer que despierta gran interés en vosotros, pero cuyos verdaderos sentimientos no conocéis aún, os escribe un día estas simples palabras: «Te amo», y he ahí que ¡vuestra vida de repente se ilumina! Aunque nada haya cambiado, sin embargo, todo ha cambiado.

Toda la existencia está ahí para mostrarnos los poderes de la palabra. E, incluso, vayamos más lejos. ¿Por que pensáis que la gente se pasa la mayor parte del tiempo hablando? Para ejercer su poder. Y aún cuando parecen dar explicaciones, informaciones, a menudo no lo hacen realmente para explicar o informar; hablando, o escribiendo, quieren sobre todo producir ciertos efectos: suscitar la cólera, el odio, o bien adormecer la desconfianza. Y vosotros mismos, ¿acaso no lo hacéis a veces? Sí, y os dejo reflexionar sobre todo eso.

Y ahora volvamos a la primera frase del Evangelio de san Juan: «Al principio era el Verbo». Los humanos evitarían muchas dificultades, muchos sufrimientos, si supiesen cómo aplicar esta frase. Diréis: «Pero, ¿cómo? ¡es tan abstracta, tan difícil de comprender! ¿cómo podremos aplicarla? – Pues bien, es justamente porque no tratáis de aplicarla que sigue siendo abstracta y difícil de entender. – Pero, entonces, ¿qué debemos hacer? – Simplemente, acompañar todos vuestros actos con el Verbo.

Tomemos algunos casos muy sencillos de la vida cotidiana. Cuando laváis los cristales, por ejemplo, en vez de realizar esta tarea pensando vagamente sobre alguien, o sobre cualquier cosa, sed conscientes de vuestros gestos y decid: «Igual que yo lavo este cristal, que mi corazón sea lavado y se vuelva transparente.» Y lo mismo cuando barréis, cuando laváis los platos, cuando quitáis el polvo... Y cuando se os caiga un objeto y se rompa, decid: «¡Que todos los obstáculos que se interponen en mi camino hacia Dios se rompan en mil pedazos!»

No es necesario, claro, que digáis todo eso en voz alta, sobre todo si alguien puede oírlos. Lo importante es ser conscientes de ello, es decir, aplicar vuestro pensamiento – y el pensamiento presupone, necesariamente, palabras – todo cuanto hacéis para ser creadores. Este debe ser para un espiritualista el significado de «Al principio era el Verbo... Y nada de lo que se hizo fue hecho sin el Verbo.» Siempre hay que situar el Verbo al principio para dar una orientación a vuestra actividad. Pero ésta es una noción que ni siquiera los creyentes han comprendido bien todavía. Diréis: «¡Pero rezan oraciones varias veces por día!» Sí, oraciones que han aprendido de memoria y que murmuran justamente pensando en otra cosa. No es necesario recitar muchas oraciones de memoria. Para los

cristianos, el «Padrenuestro», y dos o tres más, bastan. Así pues, le corresponde a cada uno encontrar las palabras que debe pronunciar interiormente, a medida que se presentan nuevas ocasiones, nuevos acontecimientos en la vida. No hay una forma mejor de comprender lo que significa la omnipotencia del Verbo.

Cuando el viento sopla barriendo las nubes y las impurezas de la atmósfera, pedidle al Sopro del espíritu que expulse vuestros malos pensamientos y vuestros malos sentimientos. Y cuando veis que el sol se levanta, por la mañana, decid: «Igual que el sol se levanta por encima del mundo, que el sol del amor se levante en mi corazón, que el sol de la sabiduría se levante en mi inteligencia, y que el sol de la verdad se levante en mi alma y en mi espíritu.» Así es como os convertiréis en verdaderos hijos de Dios: gracias al Verbo. Porque el Verbo está vivo y es activo, y tiene el poder de transformaros.

Cuando empecéis a comprender lo que significa: «Al principio era el Verbo», comprenderéis también el significado de «Al principio Dios creó el cielo y la tierra» y lo que hay detrás de estas palabras «cielo» y «tierra», cuáles son las relaciones entre ambos, y cómo debemos trabajar con ellas. El cielo y la tierra están dentro de nosotros, y mientras los separemos, mientras no conectemos el cielo, nuestro pensamiento, con la

tierra, nuestras actividades cotidianas, no sabremos lo que es el Verbo, el Verbo viviente.*

* Ver el tomo 32, Cáp. XI: «El Verbo viviente: 1. El alfabeto y los veintidós elementos del Verbo. 2. El verbo, lenguaje universal. 3. El poder del Verbo.»

XVII

IESOD, TIPHERET, KETHER:
LA SUBLIMACIÓN DE LA FUERZA SEXUAL

En la séfira *Iesod*, Dios lleva el nombre de *Chadai El Hai*, y *El Hai*, ya lo hemos visto, significa Dios vivo. *Iesod* es la única séfira para la que es mencionado este atributo divino: la vida. En las otras séfiras, éste atributo se sobreentiende, pero en esta, se subraya. Y puesto que es Dios quien lleva este nombre de «vivo», ello significa que la vida que se manifiesta en *Iesod* es de la mayor pureza. *Iesod*, el fundamento, es la séfira de la vida pura, y en el esquema del hombre cósmico, Adam Kadmon, ella representa los órganos genitales: porque son estos órganos, precisamente, los que crean la vida.

Aunque nos vemos obligados a constatar que, en su vida sexual, los humanos no se preocupan mucho de la pureza, la verdad es ésta: la Inteligencia cósmica es la que ha decretado que la pureza de *Iesod* debe manifestarse a través de los órganos sexuales.

Hoy se habla de la «liberación de las costumbres» como si se tratara de un gran progreso. Y si bien hubiera podido ser, en efecto, un progreso, lo que vemos actualmente no es un progreso sino sólo una caída libre. Esta tendencia, cada vez más frecuente, que la gente tiene de acostarse juntos porque no se les ocurre nada mejor para pasar el tiempo, y de experimentar placer, es muy perjudicial para su evolución. Se ven una vez, no se conocen, ni se aman, y hacen el amor... para matar el tiempo ¡como si no fuese algo más importante que jugar a las cartas! Y después, tal como acontece cuando acaba una partida de cartas, se separan para volver a empezar al día siguiente con otros. Esto es algo muy grave; no porque se aparten de las reglas inventadas por algunos moralistas; es grave para ellos porque se perjudican a sí mismos, no a la moral ni a los moralistas. El acto sexual, en sí, no tiene nada de reprehensible, aunque no tenga como finalidad la procreación, pero hay que conocer todas las entidades y las fuerzas que se movilizan en este acto para darles una significación y una orientación divinas.

Quienes practican el acto sexual únicamente por placer, no sólo despilfarran sus energías, sino que alimentan también con ellas a las entidades del plano astral inferior. El hombre y la mujer se imaginan que están solos cuando se encuentran

dentro de una habitación. En absoluto. Les acompañan entidades existentes en el mundo invisible que asisten, y se alimentan de sus emanaciones. Por lo que si se dejan llevar únicamente por su sensualidad, serán las larvas, los elementales, los que vendrán a alimentarse a sus expensas. Mientras que para aquellos que se han preparado con la conciencia de cumplir un acto sagrado, serán los espíritus de la luz los que vendrán a alimentarse y a aportarles sus bendiciones. Sabiendo esto, los discípulos de una Escuela iniciática invitan, ellos mismos, a los espíritus celestiales pidiéndoles que les iluminen, para que sean capaces de sublimar estos gestos que van a hacer.

Las entidades que poseen el secreto de la sublimación de la fuerza sexual, son los *Maadim*, los ángeles de *Tipheret*, el Sol. La energía sexual en el ser humano, es de la misma naturaleza que la energía solar, pero el hombre no lo sabe y, al despilfarrarla, al utilizarla sólo para satisfacer sus pasiones, se envilece. El día en que los hombres y las mujeres tomen conciencia de que esta fuerza está impregnada de la luz del sol, andarán por el camino de la santidad, y se acercarán a la séfira *Kether* en donde los Serafines cantan sin cesar: «Santo, Santo, Santo es el Señor Dios Todopoderoso». Y entonces empezarán a saborear del verdadero amor, el de los Serafines.

De *Iesod* a *Kether*, pasando por *Tipheret*, éste

es el camino de la sublimación de la fuerza sexual. En el extremo superior del pilar central, la santidad de *Kether*, que es la cabeza coronada, tiene su origen en la pureza de *Iesod*, los órganos sexuales. La santidad de *Kether* es la energía sexual que el discípulo se esfuerza en sublimar gracias a los poderes de *Tipheret*, hasta que ésta llega a manifestarse arriba, por encima de la cabeza, como una luz de oro. Sí, ésta es la meta de la Iniciación: ser capaces de dominar una fuerza bruta que nos arrastra hacia abajo, hacerla cambiar de dirección y trabajar con esta quintaesencia hasta transformarla en un aura de luz. El verdadero Iniciado es, pues, aquél que gracias a los poderes de *Tipheret* ha realizado en sí mismo la pureza de *Iesod*. Posee los mismos órganos que todos los hombres, y estos órganos fabrican la misma materia, pero esta materia sublimada se eleva para alimentar todos sus centros espirituales de arriba, proyectándose por encima de él como rayos de luz.

Estas verdades eran las que se enseñaban a los discípulos en las antiguas Iniciaciones. Pero entonces, al que deseaba tener acceso a los misterios, se le exigían años de estudios y trabajo; e incluso, muchos no eran admitidos. Así que, a vosotros os pido, al menos, que seáis conscientes del valor de estos conocimientos que recibís, y que deis por ello gracias al Cielo.

XVIII

LA ORACIÓN DE SALOMÓN

Algunos de vosotros me habéis pedido que diga la Oración de Salomón porque todavía no la habéis oído. Puedo hacerlo, claro, y ya lo hice algunas veces en el pasado, en circunstancias excepcionales, pero antes quiero deciros algo.

En nuestros días, en que el esoterismo y las ciencias ocultas se han puesto de moda, ciertos conocimientos que habían permanecido escondidos durante siglos, son ahora puestos al alcance de todos. En el pasado sólo eran facilitados a aquellos que se mostraban dignos de recibirlos, pero en la actualidad los exponen a la vista de todos. Y no sólo los exhiben, sino que los presentan mezclando de cualquier manera, lo verdadero y lo falso, lo bueno y lo malo, la magia blanca y la magia negra, sin enseñar a la gente a distinguir entre ambas, y sin prevenirles de los grandes peligros que corren si se lanzan ciegamente en cualquier estudio o en cualquier práctica. Así que ¡tened cuidado!

Esta oración, ofrecida por Salomón, es muy poderosa a causa de todos los nombres divinos que se invocan, y no podemos recitarla sin tomar precauciones. Para dirigirse sin peligro a los sefirots, a las jerarquías angélicas y a Dios, pronunciando sus nombres en voz alta, hay que haber hecho previamente un gran trabajo sobre uno mismo. Y hasta sólo para oír estos nombres, que son los más sagrados de la Cábala, es necesario ponerse en un estado de gran respeto, de gran recogimiento. Y esto es lo que os pido que hagáis.

Esta es la oración:

Poderes del Reino, estad bajo mi pie izquierdo y en mi mano derecha.

Gloria y Eternidad, tocad mis dos hombros y dirigidme por los caminos de la Victoria.

Misericordia y Justicia, sed el equilibrio y el esplendor de mi vida.

Inteligencia y Sabiduría, dadme la Corona.

Espíritus de Malkut, conducidme entre las dos columnas sobre las que se apoya todo el edificio del Templo

Ángeles de Netzach y de Hod, consolidadme sobre la piedra cúbica de Iesod.

¡Oh Gedulael! ¡Oh Geburael! ¡Oh Tipheret!

Binael, sé mi amor.

Ruah Hohmael, sé mi luz.

Se lo que eres y lo que serás, oh Ketheriel.

Ischim, asistidme en nombre de Chadai.

Kerubim, sed mi fuerza en nombre de Adonai.

Bnei Elohim, sed mis hermanos en nombre del Hijo y por las virtudes de Tsebaot.

Elohim, combatid por mí en nombre de Tetragrammaton.

Maadim, protegedme en nombre de Yahve.

Seraphim, refinad mi amor en nombre de Eloha.

Hachmalim, iluminadme con el esplendor de Elohim y de Skekina.

Aralim, obrad.

Ophanim, girad y resplandeced.

Hayot-HaKodesch, chillad, hablad, rugid, mugid.

Kadosch, Kadosch, Kadosch, Chadai, Adonai.

Iod He Vav He.

Ehieh Ascher Ehieh.

Aleluya, Aleluya, Aleluya.

Amen.

Para que estas altas entidades puedan responder a vuestra llamada y aportaros su ayuda y su luz, debéis, al menos, preparar en vosotros las condiciones favorables: la paz, la pureza. Pro-

nunciar su nombre no basta, ni siquiera conocer el momento propicio para invocarlas. Para atraer sus bendiciones hay que consagrarse, ponerse al servicio de la Divinidad.

Pero ¿cuántos son capaces de abandonar sus preocupaciones prosaicas para escalar estas cimas? Muy pocos. Por eso, a menudo renuncio a hablaros de estas regiones que son, sin embargo, las únicas en las que yo me siento feliz. Con frecuencia, viniendo hacia la sala de conferencias, me digo: «Hoy les hablaré del Árbol de Vida y de las jerarquías angélicas...» Y ya en el camino, pronuncio interiormente sus nombres. Pero, cuando llego y veo vuestras caras, ¡siento que hay tantas cosas más urgentes que deciros! ¿Cómo podría hablaros de estos temas sublimes cuando leo en vuestras miradas cuán prisioneros estáis por las preocupaciones de la vida cotidiana?...

Pero hoy he pronunciado estos nombres divinos, se han ido por el espacio, las jerarquías gloriosas han oído que las invocaba y les pido sus bendiciones para vosotros.*

* Ver el primer Capítulo de «La verdadera Enseñanza de Cristo» (Colección Izvor, nº 215) en donde la oración dominical, el «Padre nuestro...» es comentada en relación con los diez sefirots.

ÍNDICE DE MATERIAS

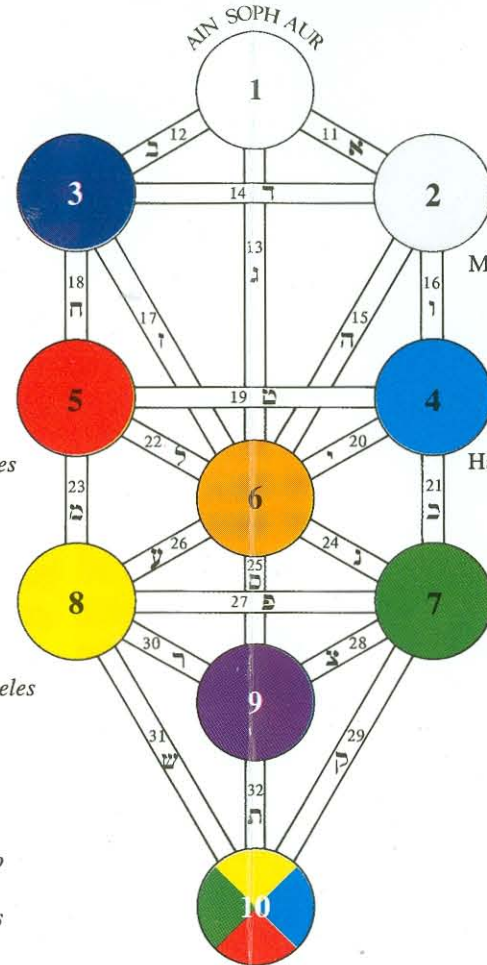
I	Del hombre a Dios: la noción de la jerarquía	9
II	Presentación del Árbol sefirótico	21
III	Las jerarquías angélicas	39
IV	Los nombres de Dios	57
V	Los sefirot del pilar central	63
VI	Ain Soph Aur: luz sin fin	71
VII	La materia del universo: la luz	79
VIII	«Cuando el Eterno trazó un círculo en la superficie del Abismo»	87
IX	El Reino de Dios es semejante a un grano de mostaza	99
X	La familia cósmica y el misterio de la Santísima Trinidad	107
XI	El cuerpo de Adam Kadmon	119
XII	Malkut, Iesod, Hod, Tipheret: los Arcángeles y las estaciones	129
XIII	El Árbol sefirótico, símbolo de la sinarquía.....	141
XIV	Iesod: los fundamentos de la vida espiritual	149
XV	Binah: I Las leyes del destino	167
	II El territorio de la estabilidad .	176
XVI	Hochmah: el Verbo creador	181
XVII	Iesod, Tipheret, Kether: la sublimación de la fuerza sexual	189
XVIII	La oración de Salomón	195

1 Ehie
 Kether – la Corona
 Metatron
 Hayot haKodesch – los Serafines
 Reschit haGalgalim – los primeros torbellinos (Neptuno)

Ain Soph Aur אֵין סוֹף אוֹר

1 Ehie Kether Metatron Hayot ha-Kodesch Reschit haGalgalim	אֵהִיָּה כֶּתֶר מֵטַטְרוֹן חַיּוֹת הַקֹּדֶשׁ רֵאשִׁית הַגַּלְגַּלִּים	6 Eloha vaDaath Tipheret Mikhaël Maadim Chemesch	אֱלֹהֵי הַדַּעַת תִּפְהַרֶת מִיכָאֵל מַאֲדִים שֶׁמֶשׁ
2 Iah Hochmah Raziel Ophanim Mazaloth	יָה חֻכְמָה רַזִּיֵּל אוֹפָנִים מַזְלוֹת	7 Jehovah Tsebaot Netzach Haniel Elohim Noga	יְהוָה צְבָאוֹת נֶצַח חַנְיָאֵל אֱלֹהִים נוֹגָה
3 Jehovah Binah Tsaphkiel Aralim Chabtai	יְהוָה בִּינָה צַפְקִיֵּל אַרְאִלִּים שְׁבֵטֵאִי	8 Elohim Tsebaot Hod Raphaël Bnei Elohim Kohav	אֱלֹהִים צְבָאוֹת הוֹד רַפְּאֵל בְּנֵי אֱלֹהִים כּוֹכָב
4 El Hesed Tsadkiel Haschmalim Tsedek	אֵל חֶסֶד צַדִּיקֵל חַשְׁמַלִּים צְדָקָה	9 Chadai El Hai Iesod Gabriel Kerubim Levana	שְׁדַיֵּי אֵל־חַי יְסוֹד גַּבְרִיֵּל קְרוּבִים לְבָנָה
5 Elohim Gibor Geburah Kamael Seraphim Maadim	אֱלֹהִים גִּבּוֹר גְּבוּרָה כַּמְאֵל שֶׁרָפִים מַאֲדִים	10 Adonai Meled Malkut Sandalfon-Uriel Ischim Olam Iesodoth	אֲדֹנָי מֶלֶךְ מַלְכוּת סַנְדַּלְפוֹן אֲוִרְיֵל אִישִׁים עוֹלָם יְסוֹדוֹת

3 Jehovah Binah – la Inteligencia Tsaphkiel Aralim – los Tronos Chabtai – Saturno	5 Elohim Gibor Geburah – la Fuerza Kamael Seraphim – las Potestades Maadim – Marte	8 Elohim Tsebaot Hod – la Gloria Raphaël Bnei Elohim – los Arcángeles Kohav – Mercurio	9 Chadai El Hai Iesod – el Fundamento Gabriel Kerubim – los Ángeles Levana – Luna
---	--	--	---



2 Iah Hochmah – la Sabiduría Raziel Ophanim – los Querubines Mazaloth – El Zodiaco (Urano)	4 El Hesed – la Gracia Tsadkiel Hachmalim – las Dominaciones Tsedek – Júpiter	7 Jehovah Tsebaot Netzach – la Victoria Haniel Elohim – los Principados Noga – Venus	6 Eloha vaDaath Tipheret – la Belleza Mikhaël Maadim – las Virtudes Chemesch – Sol
--	---	--	--

10 Adonai Meled
 Malkut – el Reino
 Sandalfon
 Ischim – los Hombres
 Olam Iesodoth – Tierra

Árbol Sefirótico